

# Segundo aire

Mercedes Varela

COLECCIÓN EVOCACIONES / CUENTO



CULTURA *Fan*



# Segundo aire

Mercedes Varela García

*Segundo aire*  
© Mercedes Varela García  
Primera Edición 2020

ISBN: 978-607-8452-49-1

*Gobierno del Estado de Tamaulipas*

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca  
*Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas*

Lic. Sandra Luz García Guajardo  
*Directora General del  
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Derechos exclusivos de la presente edición  
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)  
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y  
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro  
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000  
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

La respuesta a la convocatoria hecha a los escritores tamaulipecos para participar en las publicaciones del Programa Editorial Tamaulipas 2020, se plasma aquí con particular claridad y contundencia, características propias de la palabra elevada a la calidad de arte.

Diferencia sustantiva que distingue al ser humano de otros seres, es el uso de la palabra para compartir su sentimiento y la visión del mundo. Prueba clara de ello son los textos de quienes en esta colección hacen del lenguaje escrito fotografía de vidas y almas.

Este esfuerzo que llega a buen puerto conducido por el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, confirma la vocación de una sociedad por la cultura y expresión artística.

Asimismo, refrenda el compromiso y la convicción de un gobierno que entiende que el cambio de fondo tiene su esencia en la riqueza espiritual y el saber de las personas.

Esta colección literaria que ofrece el Gobierno del Estado de Tamaulipas busca no únicamente promover el extraordinario talento local, sino, además, estimular la lectura, forma superior de la civilización universal para adentrarse en el alma de los seres humanos y sus pueblos.

Fortalecer el interés por la lectura, fortalecerá el necesario proceso de cambio en el gobierno y la sociedad. Una persona que lee es una más capaz de escuchar, entender y debatir en la paz las ideas de los demás.

Enhorabuena, creadores tamaulipecos. Gracias por compartir en estas páginas su ser y hacer.

La lectura y el cambio están unidos en Tamaulipas.

**Lic. Francisco García Cabeza de Vaca**  
Gobernador del Estado



**E**l Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través de Cultura Tamaulipas, tienen como uno de los ejes principales de la renovada Política Cultural, el fomento al libro y la lectura. Es así como desde el inicio de este sexenio se ha buscado propiciar los espacios para que las voces y los sueños de las y los escritores Tamaulipecos, por medio de la palabra escrita, puedan encontrar una vía para la publicación de sus obras.

Por ello, la labor editorial se vuelve fundamental para dar a conocer y al mismo tiempo salvaguardar la riqueza de nuestra tradición literaria. Los textos que conforman las distintas colecciones son un reflejo del momento en que las historias fueron concebidas, pero también conservan los ingredientes narrativos que las vuelven contemporáneas de todos los tiempos.

En definitiva, tocará al lector concluir este diálogo abierto con cada una y cada uno de los autores de estas obras, enriqueciendo desde su mirada la experiencia de la lectura y encontrando en ella, los rasgos afines que nos identifican como Tamaulipecos.

**Lic. Sandra Luz García Guajardo**  
Directora General de Cultura Tamaulipas



Para Tomás Urtusástegui, quien me hizo creer  
que todo es posible... hasta yo.



## PRÓLOGO

### **#EscrituraFemenina: Una flor abriéndose a la vida**

*No quiero que me acusen de mujer tradicional  
pero pueden acusarme  
tantas como cuantas veces quieran  
de mujer.*

**Gioconda Belli**

En *Mujer que sabe Latín*, Rosario Castellanos se pregunta “qué es lo que impulsa a una persona en pleno uso de sus facultades mentales, satisfecha de la vida, feliz y equilibrada, a leer”. Claro, no se refiere la escritora a las lecturas obligadas de la escuela ni a ninguna otra que tenga una finalidad utilitaria, sino a esa lectura que llega como un mandato desde el interior del alma (no en su acepción religiosa, sino psíquica), resorte que nos hace levantarnos a media noche y hojear el libro de pastas duras junto a la cabecera o, más posmodernas, tomar el celular para acceder a nuestra edición *kindle* recién descargada en Android.

Y no hay una respuesta definitiva a este cuestionamiento. Acaso —aventuro— en el fondo de cualquier ser humano, por muy comfortable que parezca ser su vida, existe, siempre, cierta insatisfacción; hay algo que está en desequilibrio y la literatura —el arte en general— ofrece, para much@s de nosotr@s, una posibilidad de llenar esa laguna. Pero no solo bajo el oropel de ciertas vidas subyace la necesidad de leer, también en las situaciones límite, en la cárcel y en la guerra, en la locura y en el duelo, está presente.

Sin embargo, este gozo derivado de la lectura recreativa y, aun más, de su escritura, parece haber sido negado a la mitad de la humanidad durante siglos. Ya apuntaba Schopenhauer que las tareas intelectuales eran contrarias a la naturaleza femenina cuya única finalidad debía ser la de la reproducción. Por lo tanto, los placeres del sexo y las voluptuosidades del intelecto serían inherentes a lo masculino, pero, en las mujeres, una especie de perversión. No muy lejos de aquella percepción estaba la de Freud que consideraba infantiles a las mujeres que solamente podían llegar al orgasmo a través de la estimulación directa del clítoris y no, como le parecía obvio al célebre neurólogo, de la penetración: el placer femenino para considerarse “maduro” dependía, pues, enteramente de un pene. Claro, porque la mujer ¡cómo va a darse placer a sí misma! ¡Históricas, las que nos toqueteamos o nos atrevemos a negar la supremacía del falo!

Más o menos así ha estado estructurado el pensamiento occidental y una podría respirar aliviada porque eso “ya pertenece a otros tiempos”, ¡pero no!, en pleno siglo XXI he escuchado a *omvres* afirmando con seriedad cosas semejantes y hasta más ridículas.

Las mujeres, ahora, estamos tomando la palabra, esa que siempre fue nuestra, la que muchas veces estuvimos gritando desde el umbral de nuestro cuerpo y el animal sin concha que nos custodiaba se negaba a oír. Mujeres como Diana, la heroína del “Segundo aire”, cuento epónimo de este libro que nos entrega Mercedes Varela con un humor sazonado por la observación de lo cotidiano. Mujeres que no somos vírgenes ni perfectas, más bien entradas en años, más bien estudiosas del *Kamasutra*, más bien dispuestas a abandonar el recuerdo del hombre que no nos complacía como se abandona felizmente un dolor de muela o la imagen de un macetero roto. Mujeres honestas en sus rencores como la protagonista de “Relajación”, y no (creo) porque “el peor enemigo de una mujer” sea “otra mujer”, sino porque nos han enseñado a competir entre nosotras y a callar. El odio, por supuesto, no es una emoción propia de señoritas o señoras decentes.

Pero la lengua finalmente se desata. Y con ella las palabras que se han apechugado por décadas. Hemos tenido que gritar más fuerte para defender nuestro derecho a la ira. Mercedes, con la sabiduría que da la lectura constante de la vida, nos ofrece esta colección de cuentos

breves y nanoficciones a través de los cuales se narra a la mujer contemporánea, observadora de sí misma y de las otras, que se enfrenta al espejo y se reinventa y no teme, ya, bloquear al impertinente. ¡Faltaba más que a estas alturas vengan a decirnos cómo definir los vocablos!

Cito esta joya de nuestra autora tamaulipeca:

*No hay agonía más lenta y digna que la de las flores dentro de un florero. Ellas continúan abriéndose a la vida, aunque sean sus últimos minutos.*

Estas breves líneas, me atrevo a decir, sintetizan una situación que prevaleció por mucho (demasiado) tiempo en nuestra sociedad, mujeres languideciendo dignamente dentro de sus casas-florero, cortadas del jardín de sus sueños, sin posibilidades de extender el perfume de sus palabras por las nubes. Y, sin embargo, dignas. Abriéndose a la vida. Acotadas por un sistema que decide la fecha de caducidad de nuestros cuerpos, pero impelidas a la escritura, ese bálsamo que refiere Rosario Castellanos al hablar de Proust en el libro que cité al comienzo de mi prólogo, la palabra como conjuro que conduce a la liberación. Una liberación que no depende, ya, de las circunstancias externas, sino de la propia capacidad de evocar el lenguaje.

En “Fin de semana largo”, Varela nos demuestra que sigue vigente en nuestros días la dicotomía expresada por Castellanos, en los años setenta del siglo pasado, entre la

mujer que cumple su rol socialmente asignado, como madre y esposa (sin olvidar la obligación de ser “bella”), y la posibilidad de tener una vida independiente como una profesional exitosa. En otros cuentos, también nos llevará de la mano por los recovecos mentales de la madre y de la hermana que sufren ante la pérdida del ser amado. Esos estados tan dolorosos que solo pueden equipararse a una pesadilla, pero traslapando las fronteras entre vigilia y sueño no sabemos, bien a bien, de qué lado queda la realidad.

Ahí se siente protegida. Si no fuera por esa niña que aparece cada vez que suena el teléfono. Al principio le temía, pero ya se acostumbró a jugar con ella y con la muñeca pálida que siempre carga, con cuidado, entre sus brazos.

Y, si por una parte es cierto que revela la condición femenina, no cae, Varela, en la tentación de romantizar el género. Sabe que esa terquedad por competir, de la que ya he hablado arriba, puede minar la empatía y crear auténticos agujeros negros en algunas, aunque lleven el nombre de “Estrella”. Luego, también visibiliza de una manera tragicómica la desigualdad social y el clasismo tan propios de la sociedad mexicana, ¡y qué mejor escenario para ejemplificarlo que una boda!

No está dicho todo lo que se tenía que decir sobre nosotras. Las escritoras vamos tomando vuelo, abordan-

do temas que hasta hace poco no se hubieran considerado “literarios” por “intimistas”. Celebro, entonces, este libro donde Mercedes Varela nos presenta, con un lenguaje ameno, sencillo (no por ello, poco profundo), mujeres que asumen su condición terrena y que aceptan sus pasiones sin los conflictos de Ana Karenina o de Madame Bovary, que tras una ruptura amorosa no acabarán bajo las vías del tren ni comiendo arsénico, sino con un perfil en Tinder o inscritas en un curso práctico con un guapo instructor de las artes amatorias.

Marisol Vera Guerra

*Monterrey, N. L., octubre de 2020*

## Perspectivas

Adriana escucha atenta, tratando de concentrarse en las palabras y olvidar que salen de aquellos labios a punto de reventar del colágeno. Estudia el rostro de Irania tratando de sincronizar la emoción de sus palabras con el rostro inexpresivo y rígido a causa de cirugías estéticas y botox. Solo las pestañas postizas parecen tener vida y abanicar su mirada. Su respiración agitada por la emoción marca más la redondez de las prótesis de sus pechos que amenazan con explotar o desbordarse de su mínima playerita.

—Te digo amiga, mis bubis han sido la mejor inversión. ¡No te imaginas! Cuando entré al antro, todas las miradas de los hombres se fijaron en mí. No ubicaba a las muchachas. Así que actué como nos han aconsejado en “Cosmopolitan”. Me encaminé segura hacia la barra. De pronto lo descubrí: alto, guapísimo y con buena ropita. De aquí soy, me dije. Él continuaba electrizado contemplando mi escote, mi cintura, mi cuello hasta centrarse en mis labios. Me sentí tan sexi, maravillosa y seductora. Por un instante me paralicé, pero respirando hondo, levanté los

hombros, sumí la pancita y caminé; deslizándome como pantera, moviéndome sinuosa y cadenciosamente, al ritmo de las caderas, marcado por el paso de mis piernas. Todo iba bien hasta que tropecé con un doblez de la alfombra y mi sandalia se salió. Fue inesperado, pero controlé el movimiento, abandoné el zapato y de puntitas con el pie descalzo libré el bochornoso evento y caminé con donaire hasta la barra del bar. Me senté tratando de ocultar el pie descalzo y discreta volteé para ubicar el sitio donde se había quedado mi zapato. Despreocupada ordené una “Margarita de fresa”, por dentro cavilaba cómo regresar por mi zapato. Cuando él, cual príncipe azul llegó con mi zapatilla y caballeroso me la colocó en el pie. No manches, pinche cenicienta se quedó corta goey. En eso llegaron las muchachas, ya sabes con su cotorreo habitual y que allí estaba muy muerto y que mejor vámonos al “Rey”. No me dieron tiempo de intercambiar teléfonos o al menos saber su nombre para buscarlo en el “face”. Casi me arrastraron. Cuando acordé ya estaba en la camioneta, toda apretujada y sin decir ni media palabra.

—Entonces... ¿Eras tú?

—No me digas que lo conoces.

—No, no, pero algo escuché.

—¡Ay Adriana, dímelo! ¿Me anda buscando?

Callé mientras buscaba las palabras, cómo decirle que sí lo conozco y que esa mañana me había comentado entre risas: “anoche me topé con una “buchona”, estaba tan borracha que se le salió un zapato y ni cuenta se dio”.

## Relajación

Recibir la notificación de Facebook me dió gusto aunque, más... asombro. ¿Qué había detrás de ese inocente mensaje? Yo leía y releía: “Luisa de la Garza te ha enviado una solicitud de amistad”. Dudaba en aceptar. Con su nombre un mar de recuerdos inundan mi memoria, amenazan con ahogar mi tranquilidad y desbordar esos rencores que la distancia y el tiempo han adormecido, pero ese nombre, Luisa de la Garza rompió el dique con el que frené mis lágrimas durante esos cuarenta años en los que acallé los alaridos y maldiciones por la buena educación, pero dicen que: “La curiosidad mata al gato” y en este caso mató a la gata o sea a mí y acepté. Los primeros mensajes fueron muy inocentes y siempre comenzaban con un:

—¡Hola preciosa! ¿Cómo estás?

Yo sabía que más temprano que tarde nuestra conversación nos llevaría a hablar de lo que tanto quise olvidar y hasta la fecha sigo enganchada con... Ha transcurrido

toda una vida. Sí, una vida que malviví por el temor a tropezar nuevamente. Ahora me arrepiento y quisiera recobrar el tiempo. Con tanta tecnología no sé por qué todavía no han inventado una máquina del tiempo para tener el “control”, es decir, un aparatito con el que pudiéramos rebobinar nuestra vida y editar a nuestro antojo situaciones, aunque quizá a la larga esto fuera caótico porque se podría hacer mal uso del aparatito, como todo tendría sus riesgos y tal vez se volviera monótona y predecible la vida, algo así como un cuento con final feliz. Pues bueno, con Luisa de la Garza mi compañera de la secundaria, aparte de los malos recuerdos llegaron otras viejas amigas y así poco a poco se fueron reconstruyendo esos cuarenta años en los cuales yo, tontamente pretendí haber escapado de toda esa telaraña de mentiras que en un momento me hicieron desear desaparecer. Siempre evité el regreso. A veces era necesario por mi negocio, pero yo con mil pretextos, lo eludía. ¿Cómo podía regresar al lugar donde me robaron la confianza, más que en el amor, en la amistad? Pues, regresé. Fue en el encuentro con las ex compañeras al que acepté asistir. Me convencieron después de escuchar sus argumentos de que ya ninguna tenía relación con Ana. Ana, nada más y nada menos que el motivo por el que yo estoy lejos de mi terruño. Aunque confieso que en su momento yo lo desconocía. Para mí había una... "otra". Sin cara, sin cuerpo, sin voz y sin nombre y aunque en el fondo sabía que podría ser ella me negaba a aceptarlo. La pasé

bien hasta que las preguntas incómodas de Luisa, quien se había convertido en una especie de gurú, “yogaadicta” me incomodaron.

—¿Fue por lo que ella tenía con tu marido que te fuiste?

La voz de Luisa hace que mi mente retroceda al mil, y agregó:

—Quería alejarme de todo y de todos.

—Pero, ¿por qué? No volvimos a saber de ti. Hubieras hablado con nosotras, éramos amigas.

—Lo sé pero en esos momentos sólo quería poner tierra de por medio.

Marina y Jovita me miran compasivas. Yo les digo que ya todo quedó atrás, que estoy bien y muy contenta con mi vida. Luisa se torna más seria, voltea a ver a Marina, como buscando aprobación y agrega con tono grave:

—Te voy a decir algo, no te lo quería decir, pero consideramos que debes saberlo.

Mi primer pensamiento fue que Fermín mi ex estuviera enfermo o que en el peor, ¿o debo decir mejor de los casos? ¡hubiera muerto! No es porque yo deseara esto último, aunque...

La voz de Luisa interrumpió mis pensamientos:

—Ana está muy grave. Ha pasado semanas en terapia intensiva. Se recupera y vuelve a recaer. Entra y sale del hospital.

—Pues cómo no —dije— hierba mala nunca muere.

—¡Pobre! —agregó Marina—. Está sufriendo mucho.

Quise gritar: ¡Merecido se lo tiene por todo lo que yo sufrí! Pero la cordura se impuso y sólo añadí:

—Dios la ayude.

Cuatro meses exactos después de mi viaje recibo la llamada de Luisa, no me sorprende porque durante esos meses las “chicas” y yo reanudamos nuestra amistad aunque de manera virtual.

—¿Cómo estás, hermosa? —pregunta.

—Bien, ya sabes con mucho trabajo.

—Te voy a decir algo, no sé si debiera, pero primero quiero que te relajes.

—¡Me asustas!, ¿qué pasó?, ¿murió Fermín?

—No, él está muy bien.

—¿Entonces?

—Ana, murió Ana.

Silencio total, no sé qué decir. No siento nada. A lejos escucho la voz de Luisa.

—Respira hondo, ahora exhala. Quiero que te relajes. Vamos otra vez. Cierra los ojos, inhala, exhala. Imagina que vas retrocediendo en el tiempo. ¿Ves el almanaque? Pega una a una las hojas que ya habías arrancado, recupera los años. Allí estamos las cuatro, vestidas con el uniforme de gala de la secundaria, después del desfile deportivo, ¿nos ves?

—¡Sí! —contesto.

—Estamos contentas, somos mejores amigas. En verdad nos tenemos cariño, ¿lo sientes?

—¡Sí! —vuelvo a decir— Pero ella...

—Nada, nada. Concéntrate en tus respiraciones y en perdonar.

—Pero es que ella...

—Tienes que respirar y soltar todo lo que te hizo daño. Es importante para tu crecimiento emocional. Vamos a empezar otra vez. Cierra los ojos. Inhala, exhala, inhala, exhala. Estamos en la plaza. Terminó el desfile. Nos acercamos a la nevería. A tu lado camina Ana, ¿la ves?

—¡Sí!, la estoy viendo.

—Acércate a ella, abrázala.

—¿La abrazó?, pregunto confundida

—¡Sí!, y dile lo que no pudiste decirle en vida. Ella ya está juzgada por Dios.

—¿Lo que no pude decirle?

—¡Claro!, ustedes eran muy amigas y se querían mucho.

Mi respiración se acompasa. Veo a Ana riendo y al fin, salen de mi garganta, que modula claramente, las palabras que durante muchos años soñé decirle a mi amiga:

—¡Méndiga puta, chingas a toda tu madre!



## El regreso

Terminó de examinarla. Iba a retirarse, pero la voz suave, casi suplicante de Lucía, lo hizo detenerse. Siguiendo un impulso, se quedó de pie, a un lado de la cama y la dejó hablar.

—Estoy bien. Mis hijos son unos alarmistas. Ya deme de alta doctor. Mi hermana Isabela nos vino a visitar, después de tres años. Debo estar en casa para atenderla, se fue sin despedirse, así que me sorprendió su llamada. Me alegré de haberme reportado enferma a la escuela. Amanecí agripada, pero todo el malestar se me pasó al escucharla y salí a encontrarme con ella. La abracé, le dije cuánto la amo. Ella parecía no comprender mi parloteo. Yo me des hice en explicaciones: Es que te vas a volver a ir, es que no te lo dije, es que estoy tan feliz de que hayas vuelto. Caminamos hasta la casa. Camila, mi mascota nos dio una escandalosa bienvenida con ladridos y aullidos. Recorrimos el patio, sus plantas y le mostré las innovaciones de la

casa. Mis hijos no se acercaron. Armando nos veía desde la puerta de la cocina. Tuve que llamar varias veces a Felipe, para que viniera a saludar. Ella preguntó por Uriel. Lo iba a llamar, pero Armando me aconsejó que no lo hiciera porque se sentía mal y le podía afectar ver a su tía. Disfruto tanto su compañía y el conversar de todo y nada. Sé que su estancia no es definitiva. La complací ofreciendo, preguntando: “guayabas, me dijo, quiero guayabas”. Me siento tan tranquila, doctor. Me invade una paz que hace mucho no sentía. Confieso que al principio pensé que estaba soñando o delirando por la fiebre, pero veía su sonrisa y eso me decidió. Volví a marcar a la escuela y solicité un permiso económico. Ya luego haré los trámites. Explicué que mi hermana Isabela había regresado y quizá no fuera muy larga su visita, por lo que no quería perder ni un minuto de su compañía. Entonces llegó Uriel, mi hijo mayor y entre mis tres muchachos me subieron al carro, me trajeron aquí, pero yo estoy bien. ¿Verdad doctor que ya me va a dar de alta? ¡Por favor, tengo que atender a mi hermana Isabela! ¡Por qué no entienden que resucitó!

## Encuentro

Yo nunca he creído en el destino. Considero que todo depende de nuestras acciones aunque debí suponer que algo raro flotaba en el ambiente porque contrario a mi costumbre, no me atrajo nada comer mi manzana verde con mi té de azahar para bien dormir y tampoco pasé al restaurante de comida italiana para calmar un antojo. Días antes, entre las noticias de mi facebook, llamó mi atención un tutorial para preparar una pasta a la carbonara, no soy una experta en la cocina, pero bueno, no se veía como algo irrealizable, y siguiendo el impulso me estacioné frente al supermercado para comprar los ingredientes. Llegué al departamento entusiasmada por iniciar mi aventura culinaria. Estaba llenando la cacerola con agua para poner a cocer la pasta cuando unos toquidos me sobresaltaron. Brigitte, mi mascota, me alertó con unos ladridos agudos como sólo una chihuahua puede hacerlo. Me extrañó porque a nosotros nadie nos visita sin anunciarse. Dudé un

poco, quizás fueran los inoportunos miembros de alguna secta religiosa, aunque ellos prefieren despertarme muy temprano los domingos. Nunca los atiendo, aun así cada semana insisten en aparecerse para intentar salvar mi alma. Discreta me asomé por la ventana, vi una Land Rover negra, de modelo reciente. Junto a ella estaba un hombre con lentes, medio calvo, barrigón, quien guardaba el equilibrio sostenido por un bastón. No me sentí amenazada así que salí para reconocerlo. Cuando escuché su voz supe de quien se trataba: un ex novio, con quien estuve a punto de casarme y que llevaba más de veinte años de no ver. Sentí cómo me recorrió con una mirada de admiración. Y yo experimenté esa satisfacción que me dio la seguridad de sentirme perfectamente maquillada y peinada y luciendo un cuerpo bien trabajado en el gimnasio. Sin muchas ganas lo invité a pasar. Hablamos de esto, de aquello y de todo lo que nos parecía importante comentar, de esos veinte años de ausencia, incluyendo el fuerte accidente automovilístico del cual no estaba totalmente recuperado. Hizo chistes, muy malos por cierto y me cuestionó acerca de mi madurez o si yo seguía siendo la misma mujercita caprichosa de hacía veinte años. Me preguntó si tenía novio, contesté que no y ante mi respuesta hizo el comentario pendejo de que no había duda, que estábamos hechos el uno para el otro, que el tampoco tenía novia, que siempre había vivido pensando en mí. Yo lo dejé hablar.

—¿A qué te dedicas? —preguntó antes de ponerse de pie para retirarse.

—Soy editora, tengo una revista literaria virtual.

—Nunca quitaste el dedo del renglón, amabas la literatura.

—Me va bien. No me puedo quejar.

—¿Por qué me dejaste? ¡Hubiéramos sido felices!

—¡Ya se te olvidó que en la boda de mi hermana te encontramos tirándote a mi prima Alma! ¡Qué descaro el tuyo!

—Estaba borracho. Perdóname por haberla cagado.

—Ya no importa.

—Vamos a cenar para seguir platicando. Ve por tu bolsa.

—Precisamente estaba a punto de preparar la cena.

—¿Aprendiste a cocinar? ¡Invítame!

—Será otro día. Hoy solo compré lo suficiente para dos personas. No tarda en llegar mi marido.

—Pero, ¿cómo?, dijiste que no tienes novio.

—No te mentí tú preguntase por novio y yo contesté que no, pero sí tengo marido.

Se puso de pie. Me lanzó una última mirada y salió. Antes de cerrar la puerta lo vi caminar con dificultad apoyado del bastón. Corrí a la cocina. La pasta me quedó riquísima y estuvo lista justo antes de que llegara mi maridito.



## Bendición

Es difícil olvidar al padre de tu hijo. Algunas veces me despierto en la madrugada, veo a mi nene y acaricio sus cabellos rizados y revueltos, sin desearlo lo recuerdo. Ni que decir cuando veo los hoyuelos a cada lado de sus mejillas y esa mirada amielada que me derrite y no puedo negarle el celular aunque me gaste todos los datos. Lo amo tanto y no porque sea de alguien a quien quise, es porque como madre, no existe nada que se parezca al amor de un hijo. A él, no le guardo rencor, su abandono es un secreto que pertenece a mi pasado y allí debe quedarse, bien guardado. Mi pequeño está bien. Este es mi presente, aunque siempre que mire a mi bendición yo lo siga viendo a “él”, no importa que mi marido diga que “abueleó” y que los rizos, los ojos y los pocitos, los sacó del abuelo de su mamá. ¡Cómo desmentirlo! Ni modo que le diga que mi hijo se parece a su padre. ¡Sí!, pero al biológico.



## ¡Lotería!

Mi día empezó con un enfrentamiento. ¡Sí!, conmigo misma frente al espejo. Imagínense. Levantarme deprimida y descubrir que ese claro en el cabello no es porque esté naciendo si no porque se me está cayendo. ¡Malditas hormonas! Que se van llevándose la juventud. Ni modo tendré que recurrir al “Crepesazo” que tanto he criticado o de plano cortarme el cabello tan corto que lo pelón parezca parte de mi estilo. ¡Sí! Eso puede ser, quizá el estilo a la “Goku” incluso hasta me rejuvenezca. Aunque bueno, al menos, todavía no me han salido esas horribles manchas en la cara, como a Dianita, tan sencillo como quitárselas con rayo laser, pero no, ella prefiere maquillarse como geisha, jajaja jajaja la cara toda blanca y el cuello nejo. No, ella está peor que yo y no se aflige. Últimamente me he sentido medio sola. Aunque lo quiera negar y decir que así sin responsabilidades estoy bien. Siempre hace falta un “cuchi cuchi” de vez en cuando, y luego estas vacaciones permanentes. Es decepcionante cómo las empresas se deshacen de nosotros, la gente de la tercera edad, e ignoran

la experiencia, bueno yo casi ando pisando la cuarta, solo nos consideran como auxiliares para embolsar el mandado en los supermercados. Aunque si lo pienso bien la culpa no es toda de ellos, es nuestra por creer que a cierta edad, lo mejor es quedarse en la casa y depender de una pensión y del tiempo que puedan brindarnos nuestros hijos. Estos nos pierden el respeto y a la primera de cambio. ¡Zaz! El zarpazo y empiezan a relegarte y a tratarte como si ellos fueran los padres y si queda alguno soltero, hay que aguantar su música. ¡Sí!, pero ellos no aguantan la nuestra:

—¡Eso escuchaban en tus tiempos! Ah y sí se me ocurre hacer como que me muevo al ritmo, otra vez el asombro:

—¡No sé cómo podían bailar así tan arrítmicamente y tú te quejas del reggaetón!

La mayoría de las veces me quedo callada, pero en días como hoy en que amanezco muy sensible, el escuchar sus críticas me entristece. Siempre que oigo a los Rockin Devils, por segundos me siento una chica "ye ye" y ellos con sus palabras me regresan todos mis años.

No es que extrañe ir diariamente a mi trabajo. Lo que me hace falta es gastar el tiempo en escoger el vestido, el aretito, lo coqueta no se quita con los años. Después, maquillarme y llegar con una sonrisa dibujada en el rostro a enfrentar todos los retos en la oficina. Es, ese tener qué hacer algo. A veces se reniega, pero a la larga...

Todos mis hijos están casados con su familia creciendo y yo por más que me aplico no logró ser la clásica abuelita. Sigo enfrascada en buscarme y todavía a estas alturas trato de reconocirme en todas esas mujeres que he sido a través de las diferentes etapas de mi vida. Odio reconocer que mi juventud la malgasté reprimida y hoy que quisiera poder hacer todo lo que no me atreví, no tengo suficiente tiempo para comprarlo. Me sentía fea, rodeada de muchachas bonitas. No fui muy noviera, fue hasta después de mi divorcio que todos los varones comenzaron a fijarse en mí, pero el miedo me paralizó y preferí vivir para mis hijos y el trabajo. Siempre me quedé con la espinita esa, de que quizá pude haber encontrado mi “Soul mate”. El año pasado caí en la tentación de volver a sentir, hasta creo que estuve un poco enamorada, solo fue virtualmente. El también ya estaba madurito, pero no para caer del árbol, como se dice, más bien era por estar cerca del “más allá”. Me gustó su foto del perfil, pero lo que definitivamente me ganó fue su buena ortografía. Con él podía “platicar” sin tratar de adivinar lo que escribía. Al principio todo iba muy bien, largos chats, buenos días, buenas noches, dulces sueños. Ya saben cómo es eso, pero de pronto las cosas dieron un giro inesperado y entramos a un nivel un tanto peligroso, sobre todo para una mujer de mis años. Creerán que empezó a interesarse en el color de mi ropa interior y fue el acabose cuando me propuso que me comprara calzones negros. ¡Por favor! En estos momentos de mi vida

más que sexy, mi “cosita” hubiera parecido que estaba de luto, pero el colmo de los colmos fue cuando me preguntó que si yo quería que me enviara una foto de su “campeón”. Hasta esos momentos yo sólo había recibido flores de mis enamorados y recibir una foto de un “campeón derrotado”, no me pareció para nada erótico, así que, todo terminó. Después sin andar buscando, otro galán me abordó. Yo no sentía la menor gana de, sin embargo le seguí la corriente. Este estuvo peor, cuando yo le comenté que mi pasatiempo era leer, empezó a acosarme con preguntas acerca de mis autores favoritos y después quería que hiciera todo un análisis de por qué me gustaban. Un día me dijo:

—¿Te hubiera gustado ser escritora?

—¡Claro! —contesté por decir algo.

—¿Dime que es un espejo y un aljibe?

—Pues, espejo, es un cristal cubierto de un lado por una capa de pintura oscura y te puedes reflejar en él. Aljibe es un recipiente donde se almacena agua.

—¡Ni lo pienses, tú nunca podrías ser escritora! Si tuvieras madera para serlo, hubieras contestado: Un espejo es el amor y aljibe es mar, agua, olas.

De pronto su interés por mis gustos literarios cesó y me cuestionó sobre mi estado civil.

—¿Después de tu marido no has tenido novio?

—No, bueno hubo algo virtual.

—¿Llegaron a conocerse?

—Sí, un día coincidimos en un restaurante.

—¿Qué pasó?

—Platicamos, yo iba con una prima.

—No me digas que no te robó ni un beso.

—¡Claro que no!

—Dime la verdad o ya no te vuelvo a hablar por deshonesto —en ese mismo instante le hablé a mi hijo para que me dijera cómo se bloquea a las personas indeseables. ¡Ah!, porque la tecnología es otra cosa que me rebasa y aunque quiera estar al día no le aguanto el paso y mi celular siempre está lleno de propaganda. Quiero hacer una llamada y me aparecen más de cinco anuncios y lo mismo pasa cuando me llaman. Total que cuando logró contactarme, quien llamaba ya colgó y empieza a timbrar el teléfono de la casa. Yo había corrido a la cocina porque allá estaba el celular y en lo que me desplazo a la recámara, ya colgaron y otra vez el celular. Cuando al fin contesto, la voz descompuesta de mi hija me asusta:

—¿Estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Pensé que te había pasado algo.

—No nada, es este celular que tiene mucha propaganda.

—Sabes que el celular no tiene propaganda, tiene virus porque a todo le picas.

—Pero... yo, no le pico a nada. ¿Qué pasa hija?

—Con el susto ya se me olvidó lo que te iba a decir.

Te llamo más tarde.

Extraño esas noches en el taller de lectura, en donde analizábamos cada obra y muchas veces el defender nuestros puntos de vista acerca de la trama o los motivos de los personajes, nos hacía olvidar las horas y abandonábamos el café a medianoche. Los tiempos han cambiado, la ciudad ya no es tan segura. Nosotros hemos cambiado. La mayoría ya no conduce. Así que las veladas se convirtieron en tardeadas literarias y son cada vez más esporádicas. Ahora tenemos otras ocupaciones como cuidar a los nietos o bisnietos, cuando los hijos tienen compromiso. Añoro mis libros, a los amigos que ya han partido y a esa yo, que ni en un momento de depresión, ni por la necesidad de sentirse acompañada, ni por el gusto que le hubiera dado que alguien se acordara de ella, habría aceptado ir a jugar lotería en lugar de quedarse en su casa a leer o a ver en Netflix una película de arte, pero esta nueva yo, sí aceptó y hasta pienso “correrla”.

## Segundo aire

Irasema llegó con toda la actitud y paciencia para consolar a su amiga y quedó sorprendida al encontrarse con Diana, quien la recibió totalmente recuperada del engaño sufrido y hablando con una espontaneidad y seguridad desconocidas.

—En serio que cuando vi a mi ex con su nueva pareja me dije: Bien dicen que el amor es ciego o de ella sí está enamorado, porque solo el amor puede perdonar lo difícilmente fea que está la mujer.

—No estás exagerando.

—¡Para nada! No hablo de ardor. Es prieta con los ojos pequeños, separados por una nariz puntiaguda y se empeña en discriminar su color ocultándolo con un maquillaje espeso y blanco que la hace parecer un mimo discontinuado. Quizá si luciera su cara de murciélago al natural no me caería tan mal, pero bueno no sé por qué me preocupo y gasto mi tiempo pensando en ese parecito. Esto yo ya lo veía venir. Antonio se estaba comportando medio raro,

de intimidad ni hablar. Aquellito bien muerto, así que la falta de “eso” nos llevó a la separación.

—Es que yo todavía no lo puedo creer. Parecían un matrimonio muy bien avenido.

—Igual que muchos otros querida Irasema, nadie sabe lo que se vive cuando se cierra la puerta de la alcoba. Solo los involucrados saben su realidad. Muchas veces se oculta ésta, publicando fotos en redes sociales y enviando besos y bendiciones a diestra y siniestra a todos aquellos que les escriben: “hermosa pareja”, sin saber que muchas veces duermen juntos solo por ahorrar energía y no prender otro mini Split. ¡Ah!, pero ellos en facebook son una bendecida pareja y han formado una hermosa familia.

—Puede ser, pero, ¿te dolió la separación?

—¡Claro! Pero Antonio se había convertido en un dolor de muela, si no la extraía me podía haber causado una infección más fuerte. Así que, lo mejor fue arrancar de tajo y sin anestesia. Dolió y mucho, pero ya está sanando.

—¿Lo dejaste de amar?

—Eso se olvida con el tiempo y después es solo la costumbre.

—Pero... ¿Lo extrañas?

—¡Ya no! No te voy a negar que al principio sí, fueron tantos años. ¿Recuerdas el macetero que tenía en la entrada de la casa?

—Sí, el que te rompió el perro. Te gustaba mucho, te lo había regalado la comadre Pita.

—Los primeros días se me figuraba verlo, al rato me acostumbré a ver el espacio vacío. Lo mismo me pasó con Antonio.

—Pero él no era un macetero.

—Peor aún... era un armastrote.

—¿No te sientes sola?

—Ya estaba sola, aunque ahora soy más independiente y me estoy dedicando a hacer todas las cosas que me gustan sin pensar si le parecen bien a alguien o no. He estado leyendo muchas revistas femeninas para actualizar-me. Yo no pierdo la esperanza de volver a enamorarme.

—¡A tu edad!

—¿Qué tiene mi edad? Yo me siento joven y no me hables de números.

—Pero a nuestra edad ya todos los hombres están casados.

—¡No te creas!, hay viudos y divorciados. El refrán dice: “Un clavo saca a otro clavo”, aunque Antonio ya ni punta tenía. Él ya salió de mi vida y no se requirió de otro, solo tuve que enfocarme en hacer lo que me gusta y aquí estoy aprendiendo y entrándole al “tocadero”, porque los hombres siempre serán los que andan a la caza y hacen lo que sea por comérsela a una y digo esto basada en testimonios de amigos y algunos tipos que me aconsejan y no sé por qué tienen esas lagunas mentales y me cuentan sus estrategias.

—¡No me digas que ya empezaste a salir con amigos!

—¡No!, a algunos ni los conozco. Me han invitado a través de un servicio para encontrar a tu alma gemela.

—¿No te da miedo que te vaya a salir un psicópata?

—No les da miedo a ellos conmigo.

—¡No sé cómo te atreves!

—Sé que te estás muriendo de envidia amiga. A mí ahora no me la hacen. El hombre que quiera estar a mi lado deberá deshacerse de todos sus amigos y a todo lo que yo diga que me gusta, él deberá responder: “A mí también”. Me entregará su tarjeta de pago para que yo haga con el dinero lo que a mí me dé la gana.

—¿Y tú, qué le darás a cambio?

—¡Pura gozadera! Estoy estudiando el Kama Sutra con un maestrizo, se te caería la baba si lo conocieras, pero deja te enseñe su foto —busca en el celular y se lo acerca. Irasema sorprendida mira la foto del musculoso joven que le sonríe desde la pantalla.

—¡Te volviste loca! ¡Está muy joven!

—Con las enseñanzas de este maestro a mí no me la vuelven a hacer. Ahora yo los voy a volver locos y me cortejarán y se tirarán a fondo con tal de que les suelte el “chocho”. Sé lo que estás pensando y que voy a perder tu amistad, pero ahora va la mía.

Irasema se le queda mirando boquiabierta, cuando al fin puede articular palabra dice:

—¡No seas malita Diana, ¿en cuánto sale el curso?

Pregunta si me puede enseñar a mí también, ¿sí?

## La niña

Despertó, el miedo aún hacía latir su corazón hasta casi dolerle. Estaba empapada de sudor. Por un momento desconoció el lugar donde se encontraba. Sus ojos recorrían cada rincón del cuarto para cerciorarse de que sólo había sido un mal sueño. Extendió su mano para alcanzar el interruptor. Lo pulsó y una luz blanca inundó la habitación. Se sintió estúpida. Ya no era una niña. Era una mujer casada y a escasas semanas de dar a luz a su primer hijo. Extraña a Mario, su marido. Volvería a hablar con él para que no viajara tanto. Había más gente que se podía hacer cargo de los clientes foráneos pero, ¡no! Él insistía en atenderlos personalmente. Apagó la luz. Buscó una posición cómoda e intentó conciliar el sueño. Este llegó poco a poco haciendo que las risas de la niña de sus sueños se fueran acallando.

El timbre del teléfono la despertó abruptamente, con desgano estiro el brazo para alcanzar el auricular:

—¡Bueno!

—¡Buenos días, preciosa!, ¿te desperté?

—Sí, me quedé dormida. Anoche me desvelé un poco.

—Pero... ¿Estás bien ?

—Claro, no te preocupes. ¿Cuándo regresas?

—Mañana temprano. Antes de salir te marco.

Pasó la mañana inquieta, no podía olvidar el rostro pálido de la bebita que cargaba la niña de sus sueños, o ¿era una muñeca?

—¡Sí! Podría ser una muñeca de pasta como las de la colección de mi abuela.

—¿Decía señora? —la voz de Hortencia, “su secre”, como Laila la llamaba, la sobresaltó.

—Disculpe no quise asustarla, pero no entendí lo que me dijo.

—Nada, nada. Ya ves que hablo sola. No me hagas caso.

Había amanecido bochornoso. Por la tarde un tremendo “norte” hacía que las palmeras del jardín se doblaran hasta casi besar el suelo. En el pasillo el viento aullaba como animal herido y una ligera pero pertinaz lluvia le daba un aspecto desolador al jardín. Sombras tempranas empezaban a colarse entre los arbolitos haciéndolos lucir amenazadores. Hortencia le avisó que iba a salir:

—Solo un rato señora, mi mamá está enferma.

—No te preocupes. ¿Quieres que te lleve? Está lloviendo

—Cómo cree señora.

—Entonces habla al sitio y pide un carro. Agarra dinero de la jarrita de la cocina.

—Gracias, le aviso cuando me vaya.

No supo a qué hora se quedó dormida. Despertó. Sintió dolor en el cuello por la posición incómoda en la que permaneció. Se enderezó del sofá. Le dieron ganas de llorar, como lo hacía cuando era niña y despertaba de una siesta. La misma sensación de haberse perdido de algo la invadió. Consultó el reloj. Eran las nueve de la noche. Iba a llamar a Hortencia cuando el teléfono sonó con un ring lastimero. Con desgano caminó los pasos que la separaban de la mesita. Riiiiing, riiing. Tomó el aparato:

—¡Bueno, bueno! —un largo pitido fue la contestación. Malhumorada colgó.

—¡Hortencia, ya regresaste! —gritó.

—Sí señora, pero no le avisé porque la vi dormida.

—Está bien, pero mañana que vayas al “super” me acuerdas para que te dé para comprar pilas para el teléfono. No funciona el identificador. Alguien llamó y no alcancé a contestar.

—¿Cuándo me fui, señora?

—Ahorita, ¿no escuchaste el timbre?

—No, señora.

—¡Cómo no! Timbró tres veces, contesté, pero ya habían colgado.

—Si les apura volverán a llamar.

—En eso tienes razón.

Llovía. Esos nortes que entran levantando el polvo a su paso y haciendo remolinos, la asusta. Se refugia en el cuarto sin ventanas de su abuela. Ahí se siente protegida. Si no fuera por esa niña que aparece cada vez que suena el teléfono. Al principio le temía, pero ya se acostumbró a jugar con ella y con la muñeca pálida que siempre carga con cuidado, entre sus brazos. Agradece su compañía, pero hace travesuras, como tirar el polvo Maja de su abuela y la castigan a ella. No importa que les diga que fue la niña. Algunas veces cuando suena el teléfono baja corriendo para avisarles a sus tías que suban para que la vean y les pregunta si escucharon los tres timbres del teléfono. Éstas dicen que no y suben al cuarto de la abuela y no hay nadie. Así como llegó esa niña desapareció. Años después, la abuela descubrió la pálida muñeca de pasta entre su colección, pero no pudo recordar su procedencia. Laila olvidó todo creyendo que al igual que muchos otros niños ella también había tenido una amiga imaginaria y no volvió a recordarla hasta hoy que está embarazada y han empezado esas pesadillas extrañas que la llenan de angustia, sobre todo la muñeca, pero teme contarle a Mario. Su doctor le ha dicho que todo puede ser causado por las hormonas, que está muy sensible y que las pesadillas son una manera de expresar su preocupación por la responsabilidad de criar un hijo.

¡Riiiiing, riiiiiiing, riiiiiiing! Suena el teléfono.

—¡Hortencia, Hortenciaaaa!

Hortencia presurosa y con cara de susto abre la puerta de la recámara:

—Dígame señora, ¿se siente mal?

—¡No! Era el teléfono. ¿No escuchaste?

—No y estaba apagando la luz de la sala. Debe haberlo soñado. ¿Se le ofrece algo más?

—No, ya vete a descansar.

Con el regreso de Mario se sintió protegida. Las pesadillas cesaron, solo los tres timbrazos del teléfono la despertaban en la madrugada, pero ella se acurrucaba con su marido.

El día tan esperado llegó anunciado primero con un terrible dolor de cabeza que la llevó hasta la sala de urgencias del hospital. Traía la presión arterial altísima y al examinarla no escucharon el latido del corazón del bebé. Después de normalizar su presión decidieron realizar una cesárea de emergencia y aunque hicieron todo lo posible por reanimar a la recién nacida, no reaccionó. El doctor se acercó a Laila y le dijo:

—Lo siento señora, la bebé nació muerta. ¿La quiere conocer?

Al acercarle el tierno cuerpecito, Laila la miró asombrada y se mordió los labios para ahogar su grito. ¡Era igual a la muñeca de pasta! Mario la observa devastado y a la vez preocupado al ver cómo su esposa mira desquiciada hacia un rincón de la sala de expulsión mientras grita:

—¡Ella es mía, no es tu muñeca! Devuélveme a mi bebé.

Le empezó a gustar que lloviera porque así su abuela no la lleva a la clase de ballet. La aborrecía, pero su mamá decía que debía aprender para que se moviera con gracia. Mil veces prefería quedarse a jugar con la niña. Le encanta la muñeca de pasta y quiere quedársela. La niña no se la quiere regalar, así que una de las veces que estaban jugando, Laila se las ingenió para salir corriendo y llevarse la muñeca. La escondió entre las otras que coleccionaba su abuela. La niña le rogó y le rogó para que se la devolviera hasta que convencida de que no iba a recobrarla, desapareció.

Meses después del parto, Laila recuperada físicamente, más no de su pérdida, regresa a la que había sido casa de su abuela. La casa lucía muy diferente. La habían modernizado cambiando los antiquísimos herrajes de los portones y ventanas. Laila llamó a la puerta. Nadie contestó. Insistió hasta que se dio por vencida. ¡No había nadie! Volteó a la planta alta a lo que había sido el cuarto de su abuela. Donde antes había sólo una pared, hoy hay un gran ventana. Las persianas se abrieron y Laila claramente pudo ver a la niña que feliz arrullaba una muñeca entre sus brazos.

## Ruidos ambientales

Muy jovencita Cecilia viajó al norte a probar suerte. Casi medio pueblo había emigrado y le llegaban constantes noticias de que por allá el trabajo era lo que más abundaba, que era fácil hacerse de una casita y podías arreglar tu visa para pasar “al otro lado”. Le deslumbró la idea de un día pasear por las grandes, limpias y bien cuidadas calles de “gringolandia”, como la llamaban y poder comprarse ropa y tenis americanos. Sonreía al pensar en la cara de envidia de todas sus amigas, cuando ella fuera de vacaciones al pueblo, luciendo todo lo adquirido en los United States. Fue difícil convencer a sus padres, pero lo logró. Hizo sus maletas y una ardiente mañana de agosto llegó a Reynosa. Su amiga Elisa la aguardaba en la Central de autobuses, se abrazaron con gusto y contentas se encaminaron a la parada del transporte a esperar su pesera.

Seis años después Cecilia vive en un barrio populoso. Trabaja en una maquiladora. Ha vivido con dos hombres,

uno de ellos se fue al otro lado y del otro no sabe nada, solo desapareció de su vida. Por ahora no piensa involucrarse más en amores, se felicita por no haberse preñado. ¿Qué hubiera hecho con una criatura? ¿Qué explicación les hubiera dado a sus padres? Está enfocada en trabajar y ahorrar todo lo que pueda para cambiarse de rumbo. Al anochecer llega agotada de la jornada y del overtime, solo desea dormir, pero gritos, peleas, cumbias, corridos, música de banda, camiones que pasan anunciando tamales o pan, ladridos de perros y los motores de motos y camiones traspasan las endeble paredes de la casita de interés social, y a pesar del cansancio no le permiten dormirse temprano. Allá en su pueblo lo único que le espantaba el sueño eran los gatos. De pequeña corría a refugiarse a la cama con su madre, no soportaba los maullidos, como llanto de recién nacido que penetraban sus oídos haciéndola temblar. Llegó un momento que le temía a la noche, al fin niña, el sueño la vencía y abruptamente despertaba con los maullidos largos y dolorosos que lograban que se le enchinara la piel.

Cuando Elisa la invitó a venir a trabajar acá, olvidó mencionar a los convoyes de soldados vigilando la ciudad, los helicópteros que hacen cimbrar las ventanas, las ambulancias y patrullas y esos estallidos de granada que la hacen despertar, esconderse debajo de la cama hasta que cesa el tatatatata de las metralletas y el pum pum pum de los tiros de gracia, los gritos, las

pláticas de los mirones, niños juntando casquillos, soldados dando órdenes y llanto. Después el silencio. Cecilia se ha resignado a que su vida esté ligada al ruido, en el día el montacargas y el correr de la banda de la línea de producción amenizan su turno laboral, al llegar a su casa los ruidos ambientales y algunas noches despierta por los fuertes estallidos, se esconde debajo de la cama, tiembla mientras fervorosa reza tratando de amortiguar el tatatatata tatatatata de la música del no pasa nada.



## El otoño de Lucía

El domingo está gris y silencioso. Ni los pájaros cantan y me da el bajón, por lo que presagia. Las hojas dormitan. Quisiera que llegara un ventarrón y las despertara. ¿No saben que van a morir? ¡Deberían! El sol cada vez es más opaco y ellas, poco a poco perderán su verdor. Se aferran a la rama en vano, ésta las desechará para esperar la primavera que la cubrirá de brotes tiernos. Presiento que junto con las hojas caerán mis esperanzas, y me da vergüenza porque sé que rompo muchas promesas, pero las oraciones se han vuelto sólo palabras y no las creo más, las estoy olvidando. Mi cabeza se está vaciando del esfuerzo por no echarle nada nuevo y por tanto reciclar lo que tengo almacenado. Estoy triste y no hay nadie que me ofrezca un caramelo o unas galletas con leche.

—¡Come, te vas a sentir mejor!

Así me decía mi madre cada vez que yo lloraba o me sentía triste. Afirmaba, que al masticar, le enviaba

una señal a mi cabecita, como de aplausos, que la hacían sentir feliz. Entonces, adiós tristezas. A mis cinco años le creí. Aprendí que uno no debe tragarse las penas, por el contrario, hay que masticarlas hasta que solo nos dejen un ligero amargor. Hoy tengo diecisiete y cuando estoy afligida como, pero no abuso. Me puedo comer una hamburguesa, un par de burritos y de postre nieve de chocolate, pero siempre bebo Coca light por aquello de no engordar. De pequeña masticaba mis penas con una papita, unos cuantos “Rancheritos” o un pedazo del lonche de mi amiga Fer. A ella le preparaban unos de jamón y queso con mayonesa, de la cara, de la del “otro lado”. Me gustaban los lonches de Fer. Me hacían sentir fina, como su mamá, que siempre llegaba al colegio perfumada y calzando tacones altos. Muy diferente a mamá, ésta siempre con zapatos bajitos y el mandil de la maquiladora, que ya se había convertido en su segunda piel de tanto traerlo puesto. A pesar de todo, disfruté mi estancia en el colegio. Me becaron por mis buenas calificaciones.

—¿Qué haces afuera? Te he dicho mil veces que no debes salir. ¿Preparaste la comida?

Lucía asintió y presurosa se dirigió a la entrada, esquivando a quien quería comérsela con la mirada.

—Como que ya estás agarrando mucha confiancita. Hoy viene, ya sabes quién, no quiero darle quejas tuyas.

—¡No!, por favor.

Ella suplica y se maldice por no tener nada que comer y empieza a masticar para engañar a su cerebro. Le funciona y empieza a tararear una canción:

—¿Qué será, será? El tiempo te lo dirá. ¿Qué será, será?

Nunca pude calcular su edad. Cuando se es chica toda la gente luce vieja. Doña Juanita, mi vecina, me contaba muchas historias de Saltillo, lugar donde nació y también cuentos. Mil veces la hice repetir Pinocho. Me gustó leer, pero más aún la dulzura de los plátanos que me regalaba, pintitos, casi a punto de podrirse, suspira y siente que su saliva se endulza. Empieza a cantar bajito:

—¿Qué será, será? Lo que vas a ser será. El tiempo te lo dirá. ¿Qué será, será?

Me gustó la canción. La primera vez que la escuché, fue en inglés. La vecina me la enseñó en español, ella me cuidó mis primeros años porque casi amaneciendo salía mamá para la fábrica. No conocí a mi padre. A mi madre la escuché llorar muchas noches, hasta que sus lágrimas se estancaron o quizá fue lo vivido lo que hizo que sus ojos se hayan quedado secos o puede ser también que ya no tuvo razón para llorar, gracias al olvido. Mamá era guapa. Yo orgullosa apretaba su mano cuando los hombres la veían con admiración. ¡Ella era mía! Mamá siempre fue muy discreta con su pasado y yo, como no conocí padre no tuve por qué extrañarlo. Mi vecina jamás me hizo una alusión, no sé si mamá le haya confiado algo, pero yo crecí

sintiendo que había nacido de la tierra, así como las gallinas que ponen huevos sin que las “pise” un gallo. ¿Cómo estará Fer? Extraño chatear con mi amiga. No volví a saber nada de ella. No quiero preguntar, me da miedo lo que me puedan decir. Nos divertíamos imaginando un futuro. Después de graduarnos de la prepa, cuando nos paguen mucha lana o cuando nos enamoremos. Ahí empezaban sus dudas: ¿seguiremos saliendo juntas o sólo te dedicarás a tu galán? Yo me reía. Oré y le pedí a Dios un amor y entonces un día lluvioso se presentó quien me había engendrado. Es lo que mi oración había logrado. ¿Acaso él era el amor que me faltaba? Le digo que no lo necesito y que ni me imagino amada por él. Él sólo me miró y se fue. Yo sé que hice mal. El intentó acercarse y yo le fallé. No permití que hablara y me quedé sin conocer sus razones. Ese día llamé a Fer y no me contestó. Sentía que había obrado mal. Desconocía las causas del alejamiento de mi padre. ¿Había huido de mí o de mi madre? Me sentía enferma y vomité. Pasé toda la tarde dormida. Por la noche, Fer me llamó. Mi humor mejoró. Ella es como beber una Coca Cola después de desvelarme, logra que me suba el ánimo. No pude contarle nada. Había conocido a un chavo, estaba emocionada. El bajón otra vez y unas incontrolables ganas por vaciar mi estómago me hicieron correr al baño. Cuando salí me topé con la preocupación de mamá:

—¿Qué te pasa?, ¿por qué estás vomitando?, ¿qué hiciste? ¡Contesta Lucía!

Me dijo Lucía, estaba enojada no preocupada. No me pude contener y le grité:

—¡Soy gallina y necesito gallo para que pase lo que estás pensando!

Mi madre no supo que decir. Sus facciones se suavizaron. Trató de acercarse mientras me preguntaba:

—¿Qué comiste? Vamos a consultar a la farmacia.

Corrí a mi cuarto, exclamando:

—¡No soy gallina como tú!

Lloré toda la noche deseando que Fer me llamara o mamá me llevara un tazón de chocolate con malvaviscos. Finalmente caí en un sueño pesado plagado de pollos, gallos y gallinas. Desperté mareada y con ganas de seguir tumbada en la cama todo el día. Decidí tomar el camino más difícil para deshacerme de mi pereza... tomar un baño. Hacia allá me dirigía cuando la voz de mi madre me hizo detenerme:

—¿Qué fue eso de las gallinas?

—Nada mamá, ¡olvidalo! Me cayó mal un pollo que comí, pero ya amanecí bien.

—¿Te preparo un tecito de anís para asentarte el estómago?

Acepté con un movimiento de cabeza. Deseaba que Fer me llamara para contarle, pero ella estaba haciendo lo que no quería que yo hiciera. No fui a la prepa, me la pe-reé. Me acurruqué en el regazo de mi madre mientras ella me acariciaba el cabello. De cuando en cuando la miraba.

Todavía era joven. El tiempo le había respetado algo de su belleza. ¿Sospecharía que había conocido al gallo y que ella era la gallina?

Anocheceía cuando Fer me llamó. Estaba preocupada por mi inasistencia a la prepa. No me había podido llamar porque en los descansos se la había pasado con el chavo y lo estaba esperando para ir al cine. ¡Que hueva! Me dije y a todo esto, ¿cómo me dijo que se llamaba? Ni idea. Por primera vez en mi vida me sentí abandonada. Ni cuando se murió la vecina me dieron tantas ganas de comer y arremetí contra todo lo comestible que encontré en el refrigerador. Hasta una cebolla mordí. No me importaba el sabor, tenía que masticar mi tristeza. Me dolía la cabeza. No soportaba ni el brillo de la tele. Comprendí a toda la gente que enloquece por un dolor de cabeza. Me dormí odiando la vida.

—¿Qué tanto masticas? ¡Pareces vaca!

La voz la hizo regresar al presente. Bajó la cabeza y se dirigió a la cocina. Empezaba a pardear y un ligero viento del norte hacía susurrar las ramas de los árboles que se mecían cadenciosas. No caían las hojas. Todavía estaban vivas, igual que ella. Quizá la solución sería pensar que su vida puede cambiar y que esto es parte de una de sus pesadillas. Últimamente tiene muchas pesadillas. Despertar asustada y sudorosa hace que su presión baje. Teme que una de esas veces su corazón deje de latir y se quede inerte. Sus funestos pensamientos no le dejan lugar

para imaginar un funeral lleno de flores blancas y ella vestida de novia como en los ranchos. Por el contrario se ve confundida entre otros cuerpos sin nombre y olvidados; en una fosa común, en una gaveta helada o en el patio, sepultada entre tierra y hojas muertas como ella. Octubre ha sido un mes difícil, al menos para mí. No sé cómo estará Fer, si es que está.

La tarde que conocí a su chavo, no me simpatizó aunque él se esforzó. Algo intuía pero no tuve fuerzas para descubrirlo. ¿Quién era realmente? ¿De dónde tanto dinero? Un estudiante siempre anda en la chilla y no se me hacía muy refinado, ni en sus gustos, menos aún en sus modales. Lo sentía forzado. Llegué a la conclusión que debía ser un “wannabe”. Casi no veía a Fer pues faltaba mucho a la prepa. Comencé a preocuparme pero no insistí en llamarla. Que se quedara con su “wannabe”, allá ella. Me sentía tan deprimida que deseaba ser una gallina, poner un huevo, enterrarlo y esperar a que naciera un pollo. Sería “mi pollo” y me acompañaría. Tendría a quien cuidar y me olvidaría un poco de cuidarme a mí y mis bajones. Si pudiera cambiar el mundo lo haría, pero estoy tan fatigada como para lanzar una bomba llena de huevos y llenar con “mis pollos” el mundo. Fer seguía sin aparecer por la escuela, mamá me miraba inquisitiva. Temía que traspasara mi cerebro y me leyera. ¿Mi mundo cambió o yo cambié? Todo iba bien, él giraba y giraba y yo le seguía el ritmo.

¿Qué me pasa? ¿Será que estoy creciendo? ¡Pinche gallo porqué tenías que aparecerte en mi vida?

—¡Deja de mascar! ¡Pareces vaca!

A lo lejos se escucha un motor. Lo ignora y sigue masticando.

—¿Qué me gustaría escuchar? Las voces de mi cabeza, los ladridos de los perros del vecino, el maullar de los gatos en celo, los gritos de los niños jugando en la calle, la música de banda que traspasa las paredes. ¡Sí, todo eso! Súbanle a la música. Me gusta la música de banda, así de naca soy, pero en este domingo carente de ruidos sólo escucho el sonido del motor más y más cerca y prefiero distraerme con mi respiración. ¿Hace cuánto que no la oía?

Con cada embestida se siente más sucia. Él se endereza y sale de ella embarrando sus piernas de sudor y semen. Afuera las hojas celebran su victoria sobre el viento. Él la mira satisfecho, a pesar de la poca respuesta. Se dirige al baño. A los pocos minutos se escucha el correr del agua. Lucía llora por Fer, por la vida que va a malgastar, por sus ovarios muertos antes de tiempo, por los pollos que pudieron nacer, por dejar a su madre y por todos los sueños que truncó su secuestro. Decidida toma el arma. Entra en el cuarto de baño y dispara. El “Wannabe” la mira sorprendido mientras se desploma. Alguien se acerca corriendo. Ella apunta el arma a su cabeza y canta:

—“What will be, will be. Whatever will be, will be  
—antes de convertirse en un cuerpo más... sin nombre.

## **Amor a primera vista**

Camino a casa hambriento, pero ni eso me estimula para apresurarme hacia la parada de los microbuses. Espero con desgano. Ni el ver una, diez o veinte mariposas monarca causa en mí ningún asombro, por el contrario me fastidia el asombro de las personas que me rodean. Transcurren diez, veinte, treinta minutos y al fin llega mi esperado transporte. Milagrosamente quepo en el último espacio vacío. Por primera vez me siento contento con mi esmirriada humanidad. Me dejo llevar entre el vaivén de cuerpos que se mecen por los baches y enfrenones de la unidad y me cobijo pensando mil tonterías. Una imagen sucede a otra y a otra, mientras la gente sube o baja. Hasta mi nariz llega un suave perfume a azahares frescos, me recuerda la huerta de mi abuelo, pero para ser un recuerdo es demasiado real el aroma. Volteo y a mi lado descubro a la chica más hermosa, tanto que ni en sueños la habría imaginado.

Mi mente se deshace buscando las palabras o el pretexto justo para abordarla:

—¡Hola! ¿Nos conocemos? ¿Eres hermana de Saúl? Me llamo Armando y me gustaría conocerte —pero nada ni un balbuceo emite mi boca. Mi timidez aborta las letras aún antes de formar palabras. El timbre de su celular me encela. ¿Quién será?, ¿un amigo? o ¿quizá su novio? Cuando pensé esto último, me replegué, una chica tan bonita sin novio, no era posible.

—Estoy por llegar. Sí, claro. Te veo a las siete.

¿A dónde va? ¿La volveré a ver? No lo sé, tengo que presentarme antes de que se vaya. De pronto grita:

—¡Bajan!

¡No, no por favor! ¡Tengo que detenerla! —pienso—, mientras baja del microbús. El transporte se aleja. Me entristezco. Acabo de perder al amor de mi vida.

El microbús sigue su ruta. De pronto algo casi irreal, sube la criatura más bella que mis ojos hayan contemplado jamás. Tengo que hablarle, me digo. Mi corazón se acelera. Mi saliva se seca y las letras obcecadas insisten en no formar las palabras. Tres paradas adelante, grita:

—¡Baajan!

¡No, otra vez no! Gimo. Ella se abre camino entre la gente. La pierdo, pero aunque desconsolado, sonrío, recuerdo que todavía faltan diez paradas más para llegar a mi casa y... todo puede suceder.

## Confusión

Entré al restaurante de comida rápida con toda la disposición de comerme dos hamburguesas doble carne y extra queso. La descubrí, sin duda muy joven, pero me estaba coqueteando bien macizo, debían gustarle mayores aunque yo no era para nada el prototipo de un “sugar daddy”, todavía me falta mucho para serlo aunque con esta juventud no se sabe. Yo recuerdo que en mi infancia todos los adultos para mí eran viejos. Espero esta preciosura no piense lo mismo. Recapacito y sólo ordeno una ensalada con pollo a la parrilla, no quise parecer un troglodita, aunque mi boca salivara tan solo de imaginarme triturando un par de papas crujientes y sazonadas. Con disimulo volteo hacia donde está la chica causante de mi maquillada inapetencia. Ella sonrío, acerca el popote a sus labios y bebe sin apartar la mirada de mis ojos. Pelo corto peinadito muy chic, lentes de pasta, lo que le dan un aire intelectualoide, complexión delgada, casi flaca y cubierta con una chamarra rojo brillante. Para colmo de

mi ya descarado coqueteo regresé a la barra dos veces; una para cambiar la coca por café y otra para ordenar aderezo extra. Regreso a mi mesa. Ella se pone de pie y cuando se quita la chamarra, ¿qué es lo que mis ojos ven? ¡Es hombre! Por Dios, necesito aumentar la graduación de mis lentes o consultar mis niveles de testosterona porque confieso que me gustó mucho.

## Desconcierto

El sol de julio abrasa la tarde y a las hojas de los árboles que esperan por las sombras, para mecerse con la brisa fresca de la noche, el cemento de la banca arde, aún así Martha Patricia permanece sentada, con el celular pegado a la oreja y hablando casi al borde de las lágrimas.

—Estoy muy preocupada. Este sueño se ha hecho recurrente. Necesito terapia.

—¡Por Dios, Martha! Fue solo un sueño —contesta su interlocutora.

—¿Uno? Ya son varias noches. Soy una mujer casada.

—¡Pero no hay nada real! Olvídalo y chitón, no le cuentes nada a tu “honey”.

—Me siento tan culpable, recuerdas que te comenté cuando lo conocí en la cafetería, que te dije que pensé que era chica con ese rostro tan hermoso, casi hecho por un cirujano plástico, muy parecido a Zac Efron.

—Pero ni siquiera te le acercaste, ¿por qué esta obsesión?

—Ves lo que te digo, lo peor es que hablo en sueños y me angustio tanto que despierto llorando.

—¿Pues qué sueñas?

—Que estoy soltera y ando en busca del amor y todo el tiempo me la paso persiguiéndolo y cuando accede a hablar conmigo le suplico que me haga caso, pero él me mira glacial y se aleja y yo en modo dramática “ON”, lloro y sufro hasta que mis sollozos me despiertan. Cada noche es peor, algunas lo alcanzo, otras sólo lo veo pasar, tan guapo, tan él, tan viril que hasta escalofríos me dan, pero anoche fue el acabose, me miró con hartazgo y entre dientes dijo: “Ya deja de molestarme”. Yo asentí. Descontrolada le dije que sí, que lo haría, pero que antes me contestara por qué no le gustaba y le prometí desaparecer después de saber su respuesta. Él me contestó muy feo de modos, que yo era muy linda pero, que no actuara como si no me acordara que yo era lesbiana. Desperté angustiada. ¿Qué me estará queriendo decir el subconsciente? Amiga te digo que necesito terapia porque yo las bananas ni en licuado. ¡Ayúdame Freud!

## La voz

Hace muchos años. Hagan cuentas. Fue antes de facebook, de celulares y de identificadores de llamadas. Hablo del tiempo en que lo más moderno era tener una contestadora automática para que grabara mensajes cuando no estábamos en casa. La gente era muy creativa con sus grabaciones. Muchas eran geniales Pero ninguna me enamoró como ésta. Soy auditiva, así que, si algo me chifla es la voz de un hombre, más que su físico o su posición económica. Con el tiempo he ido cambiando y lo que más me vuela es un tipo con buena ortografía. A estas alturas de la vida, ¿qué más me puede llamar la atención? No es que sea una anciana pero mi época de romanticismo ya quedó atrás. Pues bueno, volviendo al mensaje una voz viril como la de Morgan Freeman me susurró al oído:

—Si te has atrevido a marcarme, dímelo todo no lo echas a perder con tus silencios.

No dije nada, me había equivocado al discar el número. Pero esa voz me dejó tan fascinada que volví a discar, hasta dar con el número que había marcado por equivocación y otra vez esa voz susurrante me hizo estremecer y marqué y marqué imaginándolo sufrir por mis silencios. Anoté el número. Al día siguiente no le marqué, temía que me contestaran, no quería decepcionarme, pero aunque no quisiera aceptarlo esa voz resonaba en mi cerebro haciéndome vibrar. Ya lo dijo Neruda: “Que alguien te haga sentir cosas sin ponerte un dedo encima, eso es admirable”.

Al tercer día, antes de dormir volví a marcar y a marcar y a marcar. Esa noche soñé con “él” hasta que el sonido de la alarma me despertó del húmedo sueño en el que me encontraba gozando, con el poseedor de esa voz y con el mismo mal humor, que si me hubieran cortado el mejor momento erótico en la vida real, miré con enojo el reloj que impertinente seguía sonando, lo apagué. Me giré en la cama y alcancé el teléfono, volví a marcar. Antes de colgar mentalmente le dije:

—Buenos días, amor.

Continué llamando y colgando durante un mes. Al mes exacto “mi voz” cambió el mensaje:

—Y queremos gritar y en la garganta se desvanece el grito: desembocamos al silencio, en donde los silencios enmudecen.

Seguí llamando, escuchaba el mensaje y dejaba que la cinta siguiera grabando. Yo respiraba con dificultad,

exaltada por la emoción del sentimiento que me había tomado desprevenida y por temor a que descolgaran y me pillaran.

Días después volvió a cambiar el mensaje:

—Qué espléndida laguna es el silencio, allá en la orilla una campana espera, pero nadie se anima a hundir un remo en el espejo de las aguas quietas.

Ahora sí no tenía dudas. Él también estaba interesado en quién llamaba y colgaba, pero no me atrevía a dar el siguiente paso, a dejar mensaje, mi nombre o mi número telefónico, no sé, quizá dejar abierta la invitación a tomar un café. Me dio miedo, aunque no supe a qué; a enamorarme realmente o a sufrir una desilusión. Quizá él también haya dudado o pensado que tal vez yo era una psicópata o a lo mejor ni se preocupaba en pensar y sólo jugaba.

Continuamos así por largos meses hasta que la llegada del innovador identificador de llamadas, acabó con mi romance. Iba llegando del trabajo cuando escuché el repiquetear del teléfono:

—Bueno —contesté y escuché su voz, no era cálida como en los mensajes, más bien sonó fría. Me pregunto que a dónde llamaba y yo mentí, le dije que a casa de la familia Morales.

—Habla Gonzalo Zamora, tengo varias llamadas de ese número.

—Conoce usted a Cristina, es la nana de mis hijos, posiblemente ella le ha estado marcando. Habla la señora Morales, algún mensaje.

—¡No! —dijo lacónico y colgó.

Así terminó mi historia de amor. Esa noche lloré mientras añoraba su voz diciéndome al oído:

—Los amorosos callan. El amor es el silencio más fino, el más insoportable.

## Amor real

En la fría madrugada deambulan los perros callejeros atraídos por el olor de los tacos de tripitas o de bistec o los restos de “jot dogs” que los noctámbulos les comparten. Diferentes géneros musicales traspasan las paredes de los antros y cantinas, naciendo una extraña melodía que mantiene desvelada a la noche. Un cachorro se le acerca buscando calor. Damián no hizo ningún movimiento, siguió acostado en la acera y permitió que el can le lamiera la cara. El peludo parecía saber que él sufría. Damián desanudó su corbata, acomodó su cabeza sobre el portafolio abandonándose a las caricias generosas del cachorro. Sintió su lengua húmeda y el aliento caliente en su cara, pero lo que más lo conmovió fue ese cariño del que no se creyó merecedor. Un ser despreciable como él, todavía tenía capacidad para enternecerse por las caricias de un perro callejero. Había tocado fondo. No deseaba vivir, pero le teme a la muerte y no se considera tan valiente como para

terminar con su inmunda vida. Las lágrimas corren por sus mejillas. Se endereza. Toma al cachorro para detener las demostraciones de amor. Éste le mueve la cola jubiloso y parece sonreír. Damián lo mira. Lo avienta. Toma el folleto con la información de Alcohólicos Anónimos y con éste lo amenaza. El cachorro sorprendido por esa reacción huye despavorido. Damián llora desconsolado mientras piensa que él no tiene derecho a hacer sufrir a nadie más. No importa que ese alguien sea solo un perro.

## **Día del Padre**

Anita despierta con la inquietud gozosa de que ese es el día, que éste no va a ser como todos los sábados. Algo espera. No sabe qué, pero hoy la felicidad en pleno la inundó con solo despertar y eso que le fastidia pasar el día en el puesto de frutas y verduras que tienen sus padres en el mercado, pero ni modo, es el día de descanso de su mamá. Con su padre no cuentan para nada, solo para saquear la caja. Así que aunque al día siguiente se celebra el Día del Padre, ni siquiera se preocupó por comprarle un detallito. A él esas fiestas lo tienen sin cuidado. Él festeja todos los días. Disfrutó su baño, dejando correr el agua fresca sin recato por todo su cuerpo. Desayuna y alegre se despide de su madre. Llega al mercado, los madrugadores ya barren y acomodan su mercancía. Nunca como hoy disfrutó de los colores y olores de las frutas maduras. Las abejas revolotean sobre los dulces típicos y la cajeta. Los chiles secos, la canela, el orégano, el anís y demás especias evocan el olor al mole

poblano. Más allá las coloridas piñatas de papel de china alegran la vista. La mañana la pasó atendiendo clientes y escuchando sus quejas; por lo caro que está el aguacate, que a dónde nos va a llevar este gobierno o que ya el dinero no alcanza para nada.

Lo descubrió caminando entre la gente, no es que le guste discriminar, pero él se ve más fino que la gente que acostumbra ir al mercado. Bien vestido, alto, delgado, pelo negro y una expresiva mirada orlada por largas pestañas. Se le aproxima. Algo le pregunta, pero Anita solo atina a mirarlo fijamente.

—Perdón señorita, ¿es éste el puesto del señor Manuel Salinas?

Anita sintió que sus mejillas ardían. Se avergonzó por ser tan obvia, y muy seria contesta.

—Éste es, ¿qué se le ofrece?, yo soy su hija.

—Hablar con él y saludarlo. Hoy me regreso a Guadalajara y no quisiera irme sin verlo.

—Pues él no ha llegado, a veces no viene, pero si gusta usted esperarlo.

A los diez minutos ya habían partido el turrón y platicaban en franca camaradería. Anita con las mejillas arreboladas reía a carcajadas de las ocurrencias del muchacho, evitando que con sus risas se escuchara cómo le revoloteaban las mariposas en el estómago cada vez que chocaban las miradas. Él observaba con un gesto seductor los ojos y los labios de la muchacha mientras su boca se distendía en

una sonrisa maliciosa y a la vez desinteresada que la hacían sentir que todo él era un gran afrodisiaco que encendía su piel aún sin conocerlo bien. Al anochecer, resultado de la vana espera. Él se pone de pie, se acerca a Anita y toma su mano. Anita se excita más que por amor, por el hecho de imaginarse deseada. Olió el cuerpo del cual emanaba una esencia sutil a tabaco. Realmente no era un momento romántico, pero sólo el pudor la contiene de no arrancarle la camisa y comérselo a besos. Él la mira tiernamente y para su sorpresa, suelta su mano, la toma de la cabeza y la besa en la frente.

—Anita, me dio gusto que al fin nos conociéramos. Cuídate y dile a mi papá que vine a saludarlo. ¡Ah y le das un abrazo por el Día del Padre!



## Planchadora de recuerdos

Esa madrugada la fría llovizna agujonea su rostro, en vano frota las manos engarrotadas, se mueve con dificultad. Sabe que tiene que regresar o buscar un lugar tibio para guarecerse, pero también está consciente de esa fuerza superior que lo obliga a mirar por la ventana al interior de la casa, alumbrada apenas por una débil luz, pero suficiente para distinguir a la mujer que desliza la plancha sobre fotos viejas y arrugadas. Hasta su memoria llegan imágenes nítidas de tiempos pasados, su cabeza se llena de risas infantiles, voces olvidadas y música, que a pesar de lo aterido de su cuerpo hacen que sus pies intenten llevar el compás. Cada vez que la mujer pasa la plancha sobre las fotos, éstas gradualmente van desapareciendo. La incansable mujer toma otra foto de un cesto que descansa sobre un banco, a lado del “burro de planchar” y con rapidez frenética pasa la plancha y otra vez él, caminando despreocupado por el parque con un ramo de rosas, pasos más adelante se encuentra con

quien fue el gran amor de su vida. Quiere gritar, detener a la mujer para que no siga planchando, pero es demasiado tarde, la imagen se ha borrado. Los primeros pasos de sus hijos, bautizos, comuniones, bodas, cumpleaños, vacaciones todo se ha ido desvaneciendo. Cuando empezó a vigilar a la mujer, la plancha no borraba todo, pequeños trozos de su vida como relámpagos permanecían en el papel. Con el correr de las noches, la mujer siguió planchando hasta desaparecer casi todo. Esta madrugada, él tiembla, más que por el frío, por el terror que le da ver que la misteriosa mujer deja la plancha, toma unas tijeras y empieza a cortarlo, a separarlo a él de las fotos que quedan. Esto es más doloroso aún. Siente que cae en la obscuridad total de un pozo inacabable. Con sus últimas fuerzas grita:

—¡No, maldita, no lo hagas! —la mujer impávida continúa cortando y cortando. De pronto voces extrañas lo hacen ponerse a la defensiva y comienza a lanzar golpes a diestra y siniestra. Los enfermeros tratan de inmovilizarlo. Lo logran y le inyectan una solución lechosa que poco a poco lo sumerge en el sueño. Su esposa lo mira, llora. Le duele pero al fin acepta que su marido tiene que ser hospitalizado, se ha vuelto muy violento—. ¡Maldito alzheimer! —grita.

## Tenis

Tres kilos y medio de peso. Cincuenta y cuatro centímetros de estatura, lo sostiene contra su pecho. ¡Su primer hijo! El único. Fue amor a primera vista. Jamás se cuidó tanto. Ella era todo lo que él tenía, no podía fallarle. Se estremeció ante la posibilidad de que él sufriera. Se sentía tan vulnerable. ¿Depresión post parto? Ya se lo habían vaticinado sus amigas.

—¡Prepárate! ¡Adiós a tus días de sueño completos!

—Una ya no es la misma.

—Si vieras cómo lloran cuando les empiezan a salir los dientitos.

El temor la petrificó. En realidad no fue tan difícil criar al niño sola. Su vida siguió, pero ahora había agregado más actividades a su rutina. Además Luis resultó ser un bebé muy tranquilo. Ni cuenta se dio cómo los años lo transformaron en un joven espigado e inquieto. Fue entonces que empezó a preocuparse por su muchacho quien

podía pasarse las horas jugando “Exbox” y haciendo paletas como de niño de dos años cada vez que perdía. La comunicación estaba rota y ella no se atrevía a preguntar por la escuela. El miedo a lo que le contestara la hacía tragarse sus dudas y quedarse con las palabras atoradas en la garganta. Ahora sí que sentía temor. ¡No antes! En aquel tiempo podía sostenerlo entre sus brazos y todo se arreglaba con un beso o una galleta de chocolate, pero hoy, lo desconocía.

La despertó la alarma, lo agradeció porque la sacó de un sueño inquieto. Se sentó en la cama adormilada, sólo había sido una pesadilla. Se bañó y vistió de prisa, no quería que el transporte la fuera a dejar. Antes de salir se dirigió al cuarto de su hijo. Le sorprendió escuchar la televisión prendida. —Debe estar jugando —pensó. Entonces lo llamó, al no recibir respuesta abrió y grande fue su sorpresa al descubrir que Luis no estaba. ¿A dónde se habrá ido? Recordó que la noche anterior le habían estado llamando, según dijo lo estaban invitando a dar una serenata.

—¡Estás loco! ¡De aquí no sales! No estás viendo la situación Luis. Es increíble que los jóvenes no midan el peligro. ¿A quién se le ocurre llevar una serenata con el peligro en que estamos viviendo?

—¡Cálmate jefa, solo fue una balacera aislada!

—¿Aislada? Checa la página, hubo bloqueos hasta incendiaron unos negocios.

—Esos de esa página son unos “chones”. ¡No pasa nada jefa! Está bien me voy a dormir.

—¡Más te vale!

Decidió quedarse, le habría “caído de perlas” el tiempo extra, pero era más importante ver llegar a Luis, sano y salvo

—¡Dios mío, que tendrá en la cabeza este muchacho!

Para las diez de la mañana ya les había marcado a todos los amigos. Ninguno le dio razón. Llamó a la Cruz Roja. En Protección Civil le aconsejaron que fuera al Servicio Médico Forense, pero ella se negó. Su niño no podía estar ahí. ¡No, de ninguna manera! Desesperada buscó información en la página de alerta. Su corazón se detenía cada vez que veía las fotos con los cuerpos adolescentes ensangrentados. Entonces lo descubrió. Nunca, ni en sus peores sueños imaginó verlo así. Supo que era él a pesar de lo masacrado que estaba porque en su pie derecho todavía calzaba su tenis “Vuiton”.

—¡Mamá, mis tenis! No se te vaya a ocurrir echarlos a la lavadora.

—Se ven finos, ¿cómo le hiciste para comprarlos?

—¡Tranquila jefa! Ya verá que me va a ir bien y entonces sí será la nuestra.

—¿En qué andas? ¡Hijo, me asustas!

Entró al Servicio Médico Forense, rogando a Dios que no fuera su hijo. La condujeron al anfiteatro. Aún cubierto supo que era él. Cómo no reconocerlo si ella lo creció

entre sus brazos solo que esta vez no tenía un brazalete con la información: Bebé González López, tres kilos y medio de peso. Cincuenta y cuatro centímetros de estatura. ¡No! Esta vez pendía de su dedo una etiqueta: Juan “N”.

—¿Lo reconoce? ¿Es su hijo?

Ella los miró sin comprenderlos y sólo atinó a preguntar con voz ronca.

—¿Encontraron el otro tenis?

## Hasta que la muerte nos separe

No podía creer lo que estaba leyendo, él su amor de siempre, su marido de quien orgullosa llevaba el apellido, ese nombre que la hacía sentir alguien cuando lo veía escrito en las páginas de sociales de todos los periódicos y revistas de la ciudad, él se expresaba así de ella. Su primer impulso fue gritar, reclamar por todos esos años que había sacrificado a su lado haciéndole calor de hogar porque él, de pequeño había sufrido por el abandono de sus padres, entonces ella se prometió que lo iba a hacer feliz y que le daría un hogar de portada de revista a la Martha Stewart. Así que la sorpresa de saber que él sólo compartía la “King size” con ella por codo, porque así se ahorrraba unos centavos en energía eléctrica, pero que cuando el calor no apretaba prefería dormir solo, sin esa barrera que significaba su espalda, ¡la devastó! Quiso llorar, pero ni eso pudo. Quizá él tenía razón en no querer ni escribir su nombre, refiriéndose a ella como “aquella”. A lo mejor si le hubiera

dado el divorcio cuando él lo propuso, veinte años atrás, otro gallo le cantara, pero aún entonces tuvo miedo. ¿Qué sería de ella? No sabía hacer nada, nunca fue buena para la escuela, además se casó tan joven que cualquier cosa que hubiera aprendido estaría obsoleta y aunque se fue a casa de sus padres para darle un escarmiento, cuando lo vio en la puerta suspiró aliviada y pasó por alto la infidelidad, es más ni se dio por enterada para que él no insistiera con lo del divorcio y haciendo de tripas corazón tan solo le dijo:

—Soy católica y nuestro matrimonio es hasta que la muerte nos separe, así que, esto se acabará hasta que mueras tú.

Por increíble que parezca jamás cruzó por su mente que ella pudiera ser la elegida de la dama de la guadaña y dio por sentado que sería una viuda inconsolable, pero digna y sublimizada entre todas sus amiguis de la “high”. Si no fuera por ellas, quien sabe que hubiera hecho con todas esas tardes vacías, en las que su marido se perdía entre los números y firmas de contratos en la oficina gubernamental, ella descargaba toda su energía rogando por “el gallito”, “la chalupa” o “la pera” en sus interminables bingos, baby showers o despedidas de solteras. Y él, era tacaño con el recibo de la luz, pero no lo era para cumplir sus caprichos, formal y austera siempre estrenaba en cada evento. En las fotos era ella la primera de la izquierda luciendo esos atuendos que, cualquier otra, hubiera desechado por el calor del infernal verano. Cuellos altos y mascaradas alrededor del

cuello no permitían que ni un mínimo de piel asomara de entre su vestido. Ella era una “señora, no era como todas esas mujeres que iban por la vida provocando miradas lascivas de los hombres. ¡No! Ella era toda una dama y de igual manera mantenía a raya a su marido quien fue perdiendo la autoestima hasta convertirse en un eunuco manipulado por la frígida mujer que confundía su falta de apetito sexual con virtud. Fue durante las vacaciones de diciembre cuando ella empezó a notar a su marido más contentito de lo normal, reía a carcajadas y hasta se atrevió a tomar una cerveza en la cena de Nochebuena, sabiendo como sabía, que ella odiaba todo lo que tuviera alcohol. Se detuvo por la presencia de sus compadres, pero su silencio se rompió al llegar a la habitación que compartían, en donde lo hizo lavarse y enjuagarse varias veces la boca y no contenta con eso lo obligó a dormir en el sofá. ¡Cómo iba ella a compartir la cama con un alcohólico!

El olor a cerveza o licor la hacía recordar y a sus oídos regresaban las notas del corrido de “Gerardo González” y los gritos de su tío quien ebrio intentaba seguir la letra, esto continuaba durante toda la noche. Ella cubría su cabeza con la almohada para ahogar las notas agresivas de cada uno de los corridos que lo complacían. Al día siguiente todo volvía a la normalidad, aparentemente, porque ella jamás olvidó el tufo al licor barato que la despertaba cada madrugada cuando su tío la besaba.

Han pasado nueve meses desde aquellos cambios de su marido que terminaron con el descubrimiento de esas íntimas conversaciones, lo tenía tan condicionado que no fue necesario incurrir en la amenaza de contarle todo al hijo único. ¡No! Bastó con que le diera entender que lo sabía y él de inmediato cortó toda comunicación con quien lo hacía sonreír en medio de una junta o al dar un pésame, pero ella siguió hurgando en la vida de quien se atrevió a poner en riesgo la estabilidad de su matrimonio. Seis meses después del descubrimiento de esos mensajes, osada le envió a la mujer. ¡Sí, a la que intentó robarle a su marido!, una solicitud de amistad por facebook, durante días espió celosa hasta que llegó la confirmación y pudo sumergirse en la intimidad de “la otra” y la conoció a través de las publicaciones, en sus ires y venires, supo que tenía familia, disfrutó con sus viajes, hasta sintió que le caía bien, solo entonces pudo llorar; por su vida, por la de “la otra” y por lo que había perdido el pobre de su marido, pero ni modo, ellos estaban casados y solo la muerte podía separarlos.

## Sumisión

Me siento rendida, atada y a merced de la delincuencia. Bebí un coctel mezcla de dolor, rabia e impotencia al escuchar a mi amiga Mayra con voz enronquecida por la ira. ¿Qué le puedo decir o aconsejar?

Ayer por la noche me llamó, estaba asustada, unos tipos se habían introducido en su casa, la habían encañonado, la lastimaron, fue amenazada y violentaron su privacidad, acusándola de haberlos denunciado. Mayra es de armas tomar y los encaró.

—¿Por qué lo hiciste? Pudieron haberte matado.

—Si lo hubieran querido hacer, no lo anunciaban, les dije que quería hablar con su jefe, esto los desconcertó y lo fueron a llamar. Entró un tipo de más edad, los otros eran unos jovencitos de no más de veinte años. El hombre bien vestido y perfumado se me acercó y le pregunté: ¿Me vas a matar? ¡Hazlo ya! Él meneó la cabeza negando,

y agregó: “Es una advertencia”. Dio la vuelta y salió. Los huercos lo siguieron.

—¿Qué hiciste tú?

—Cerré la casa y me vine con mis papás, de aquí te estoy hablando, me quitaron mi celular y se llevaron mi computadora.

—¿Pero de que te acusaban?

—De haberlos denunciado a una página, diciendo que tenían “un punto” enfrente de mi casa.

Esa noche no pude dormir, sabes que pasan estas cosas, pero cuando te toca cerca, se vuelve más real y deja de ser algo que te contaron. Al día siguiente desperté cansada. Sin ganas llegué a la oficina. Todo el día traje a Mayra en mi mente. ¿Qué pensará hacer? Llegando a casa le marco. Me da miedo que se regrese a su casa, pero esa decisión debe tomarla ella.

Al anochecer Mayra me llamó y me quedé petrificada con lo que entre sollozos me relató. Ella había decidido sacar sus pertenencias de la casa e irse a casa de sus padres mientras todo se calmaba. Contrató la mudanza y se puso de acuerdo con un herrero para reforzar las ventanas y soldar el portón de entrada para proteger su propiedad. Grande fue su sorpresa al llegar y ver las cerraduras forzadas, la casa vacía, hasta las cortinas se llevaron. ¿Qué le digo? Que denuncie o la calmo con un: al menos estás viva, lo material como quiera. ¡No, no digo nada! Igual que todos prefiero guardar silencio y no inmiscuirme por miedo.

## Confesión

Estaba a punto de cerrar la oficina cuando un joven sudoroso irrumpe.

—Buenas noches, ¿la señora Soledad?

—A sus órdenes, dígame

—Soy Gabriel Torrado. Le llamé hoy.

—Sí. Lo estuve esperando.

—Es que se me complicó la salida pero aquí estoy.

Lo observé. Me cayó bien. En otras circunstancias le hubiera dicho que hiciera otra cita. Además, el salón estaba ocupado hasta octubre pero algo tenía el señor Torrado que me hizo sonreír y empezamos a hablar de fechas tentativas para su boda. Me extrañó que la novia, quien siempre dice la última palabra no estuviera presente, sin embargo me dejé llevar por el entusiasmo de tratar con alguien que sabía lo que quería y en una hora estaba todo planeado desde el menú, mantelería, pastel, hasta las flores

de los arreglos de mesa. Daba gusto tratar con él. Traía en mente la imagen y era claro para describirla.

Un mes después conocí a Adela. No era lo que esperaba, dada la personalidad del señor Torrado. Ella era muy sin chiste y con una tristeza que se percibía aun y cuando ella la ocultara bajo el telón de sus ojos. Mes con mes siguieron viniendo a dar los pagos del salón y poco a poco me fueron construyendo su historia. Adela, abogada con cierto prestigio. Gabriel, gerente de materiales en una maquiladora. Ella en sus treinta y tantos, él despegando los veinte. Vecinos. Adela tiene su bufete a un lado del departamento de Gabriel y con un: buenas tardes pasaron a ser amigos. Ella ya no volvió a preocuparse por cómo gastar sus tardes o con quién. Tiempo después inician con su noviazgo, el cual, no es muy bien visto por la familia de ella. En una de las visitas de Adela, animada por la plática y el aroma del café terminando de colarse, me atreví a preguntarle:

—¿Es por la diferencia de edades?

—Eso es lo de menos.

—¿Qué pero le ponen al muchacho entonces?

—Cosas... cosas que se dicen.

Cuando dijo esto último yo eché a volar la imaginación. ¿Será casado? ¿Ladrón de identidades? ¿Habrá estado en la cárcel? ¿Será un mataviejitas? Esto último lo descarté porque aunque madura no se podía decir que Adela era una vieja. Total que lo que no me gusta hacer, lo

hice. Me involucré con la parejita y sus problemas. Ocho días antes del matrimonio llegó Gabriel a la oficina. Se veía preocupado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué esa cara?

—Ay doña, si yo le contara.

—No te preocupes. Todas las parejas tienen sus dudas cuando se acerca la fecha. Dímelo a mí que tengo veinte años en este negocio. He visto tantas cosas. Gabriel sonrió y me miró de una manera que cualquier mujer, con menos años que una servidora, se hubiera derretido. A boca de jarro me dijo:

—¿Me haría el honor de entregarme en la iglesia?

Titubeé. No sabía qué contestar y otra vez las dudas y las preguntas atadas en mi mente se desbocaron, pero mi razón las hizo detenerse.

—¿Y tu mamá? ¿Algún problema?

—No puede venir. ¿Qué? ¿Acepta?

—Claro. Cuenta conmigo.

El día de la boda mi hija se puso celosa porque contrario a mis costumbres dejé temprano la oficina para ir a la estética para que me maquillaran y peinaran.

—¿Pues quién es ese Gabriel?

—Ya lo conocerás.

Llegué temprano a la catedral. Estaba frío y unos densos nubarrones amenazaban con reventar en cualquier momento, así que decidí entrar. En la última fila descubrí

a Gabriel vestido con un impecable traje blanco. Me senté a su lado. Me pareció que lloraba. Pobre —pensé— sin nadie que lo acompañe. Debe ser triste.

—¿Cómo estás Gabriel?

—Mmmm más o menos. Sólo estoy cumpliendo parte de mis sueños.

—¿Parte?

—Sí. Siempre soñé en casarme de blanco.

—Estás muy guapo —señalé la rosa roja bordeada de azahares y sostenida por un fistol con la inicial “A”—. Lindo detalle a Adela le va a encantar.

—Ah esto —me miró y sonrió— es por Ariel, el amor de mi vida. ¿Me comprende ahora?

## Recepción nupcial

Los preparativos para la boda traían a las dos familias sumidas en la histeria, sólo María y José parecían no percatarse del aluvión que amenazaba con quebrar los límites de la cordura disfrazada con sonrisas complacientes. Ellos confiaban que con el trato diario poco a poco se irían limando los malos entendidos y todos pasarían a ser parte de una gran familia. José siempre le repetía a su madre:

—Acuérdate, los dichos son por algo. No pierdes un hijo, ganas otra hija.

Angelina lo miraba ocultando sus verdaderos pensamientos. Buena estaba ella para tener otra hija. Ya con Corina tenía. Le había salido de lo más berrinchuda y manipuladora y ahora con la boda de su hermano andaba más chiquiona que de costumbre y le calentaba la cabeza acrecentando detalles, que de no ser porque Corina se los señalaba, le hubieran pasado desapercibidos.

—Mamá, ¿ya te fijaste?

—¿En qué?

—¿Cómo que en qué? ¡En las invitaciones!

—Sí. Están muy bonitas.

—Ves como no te percatas de nada. Estos advenedizos que para todo nos quieren hacer menos. Y tú y mi papá de zonzos que no se dan por enterados. ¡Ah!, pero eso sí, bien que sueltan el billete para ayudar a mi hermanito. Espero que así sean de espléndidos cuando yo me case.

—Claro que sí hija. Eres la única mujercita. La princesa de esta casa.

—¡Ya no para mi hermano! Él ahora se desvive por su María.

—Y mira mamá —señala la invitación— para todo ella se pone primero. Lee, dice: María y José; por qué no: José y María

Una oleada de calor invadió a Angelina. Se sintió tan vulnerable y a merced de las garras de la tal María y su familia de harapientos. En mala hora fue tan condescendiente cuando su hijo se la presentó. Debió investigar primero antes de permitirle la entrada a la casa. Su marido hizo mal en recordarle que ella había crecido en una colonia proletariada y que aún así había sido bien acogida en el seno de la ilustre familia Villaurrutia, pero ese era otro cantar. Ella era una niña bien y esta trepadora, sólo Dios sabe. Le molestaba el viejo panzón, quien pronto pasaría a ser su consuegro, con su camisa a cuadros y los botones a punto de reventar por la timba cervecera y luego la madre

insignificante con pinta de doméstica y su humildad fingida porque bien que se le ve el brillo de triunfo en la mirada porque su hijita ya agarró barco y los va a sacar de pobres. En lo que a mí concierne, ni un centavo van a ver, prefiero mil veces dejárselo al refugio de perros callejeros, que a mi hijo, con tal de que no le dé nada a esa pobretona.

—Habla a la imprenta. Hay que ordenar otras invitaciones. Lo que cobren, no importa pero no me voy a dejar humillar por esa gentuza. Corina, remárcales que debe decir José y María. Éstas se las daremos a esos infelices para que las repartan entre sus amistades.

—¡Mamá! ¿Vas a permitir la entrada a toda esa prole?

—No te preocupes hija. Las mesas van a estar reservadas. De eso se está encargando la planeadora de la boda. Juntos pero no revueltos. Si a José no le da cosa convivir con el “infeliciaje”, a nosotros y a nuestras amistades sí. Estoy preocupada porque a lo mejor nos desairan, aunque créemelo, en el fondo lo deseo, con tal de no ver sus miradas de lástima a causa de la familia con la que emparentamos. Hasta se me pone la piel chinita de lo corrientitos. Pobrecitos ellos no tienen la culpa, pero deben saber que hay de clases a clases y se los restregamos en la cara cuando decidimos hacer la petición de mano en un restaurante. Esa vez me cayeron bien, se les veía tan desvalidos y confundidos sin saber qué cubierto usar, pero al imaginarme la convivencia con ellos, ¡no! Están a una rayita de dar toques. Pobre de mi hijo, se le cerró el mundo.

—Ay María, no sé en que estabas pensando cuando te fijaste en José. Tú dices que tu suegra y tu cuñada son buenas pero yo no les creo nada. Hasta se me afigura que les damos asco.

—Cómo se te ocurre, José me platicó que su mamá es de cuna humilde, el del dinero y la clase es mi suegro.

—Pues no parece. Ella se ve muy altanera aunque finja con su vocecita de niña buena y su cara de yo no fui. La siento más falsa que un billete de treinta pesos.

—Si serás. Eso de las clases sociales ya no existe. Lo que vale es la educación.

—Eso sí. Tu papá y yo bien que nos fregamos para darte estudios.

—Nunca voy a acabar de agradecerlo.

—Que agradecer ni que nada. Era nuestra obligación para que no tuvieras las mismas carencias que nosotros. Sólo espero que no te nos voltees. Acabo de ver un caso con la señorita Laura.

—¡Mamá! No sé por qué sigues viendo esos programas. Son actuados.

—No es cierto mijita. Ya ves como le fue a tu tía Cata.

—Conmigo no va a pasar nada de eso. Ya lo hablé con José.

—¿Qué le dijiste María? No te busques problemas por nosotros.

—Ningún problema. Quedó claro que yo seguiré trabajando para terminar de construirles su casita.

—Hija, esa señora no me gusta nada.

—Mamá, tú y tus cosas. Verás que cuando la conozcas te llevas bien con ella.

Los primeros en arribar al exclusivo Salón Internacional, son los familiares de la novia quienes no respetan las indicaciones de la “hostess” y se apoltronan en los lugares que consideran buenos para no perder ni un detalle de la fiesta. Cuando llegaron los familiares del novio, les dio la bienvenida un salón lleno. El enfrentamiento entre Angelina y la nerviosa “hostess” fue eminente. La chica no tenía palabras y todo parecía salirse de las manos, cuando Angelina, en un ataque de furia, se dirige a la mesa, en donde están sentados los padres de María para reclamarles.

—¿Por qué nos vamos a parar? Aquí no decía que tuviera dueño.

—¡Estaba reservada!

—¿Y eso qué?

—Es nuestra mesa.

—¿Dónde dice su nombre?

—Ignorantes eso es lo que son. Estaba reservada.

—Nosotros no vimos sentado a nadie y hágale como quiera pero no nos paramos.

—¡A mi mamá no le gritas infeliz! —terció Corina.

—Infeliz su madre que siempre trae el hocico torcido.

Y del dicho al hecho empezaron los jalones y empujones hasta que aquello se convirtió en una verdadera

batalla. La banda no atinaba si seguir tocando la marcha nupcial o empezar con su repertorio. La novia quiso apartar a las consuegras y rodó por el suelo. Enojada se levantó y arremetió contra Corina. José fue a calmar a su suegro y se ganó dos tremendos puñetazos en el estómago que lo dejaron sin aire.

Soledad, la encargada del salón no daba crédito a lo que sus ojos veían, se imaginó personaje de una mala película mexicana y aunque en el salón de fiestas había pasado de todo, esta pelea, estilo vecindad de la familia Burrón, rebasaba cualquier cosa. Una capa del pastel de boda pasó muy cerca de ella y fue a estrellarse sobre la mesa de regalos. Decidida subió al foro, le arrebató el micrófono al cantante y anunció:

—¡Tranquilos, la policía está por llegar!

Poco a poco los invitados fueron abandonando el exclusivo salón. Los últimos en retirarse fueron los papás de la novia y ésta, quien antes de salir arremetió contra las capas de pastel que aún seguían sobre la mesa.

## Fin de semana largo

Andrea, tenía todo lo que una profesionista puede lograr a sus treinta y cinco; casa propia, buen auto y una envidiable posición en una maquiladora. Hablaba perfectamente inglés y francés y se daba sus lujos de viajar al extranjero dos veces al año, algunos más, ya que de la maquiladora la enviaban a Japón, razón por la cual, mataba su tiempo después del trabajo aprendiendo japonés. Fue allí en el Centro de Idiomas, localizado en el mismo edificio que el Salón de fiestas Internacional, donde conoció a Soledad. Este encuentro se dio una tarde cuando olvidó las llaves de su auto dentro del mismo y la gerente del salón de eventos, la auxilió llamando a un cerrajero de confianza. A partir de esto, cada viernes la visita, toman un café y charlan hasta que el cansancio hace bostezar a Andrea, quien se retira dejando a Soledad para quien apenas empieza la noche. Se siente deprimida. Tiene que lidiar con un fin de semana largo. Después del domingo se aburre. ¿A quién llamar? ¿A

dónde ir? ¿A quién visitar? Había llegado a esa edad en la cual todas sus amigas están casadas, a punto de hacerlo o ya tienen pareja. Ella vive sola y durante la semana enmascara su cara con una sonrisa de mujer exitosa y liberada. A veces quisiera cambiar su vida con la de Soledad. Esta se ríe al escucharla:

—No te habría de gustar.

—¡Cómo no! Imagina pasar el fin de semana enfiestada.

—Es cansado y tedioso.

—Cuando gustes cambiamos.

Los fines de semana, cuando no labora tiempo extra, hace cita en el spa para darse un masaje, pintarse el cabello o hacerse un manicure. Por la tarde ordena su casa, va al supermercado por fruta y lleva o recoge la ropa de la tintorería. El domingo procura levantarse temprano y después de llamar por teléfono a sus padres sale corriendo para ganarle a la fila para cruzar al “otro lado”. Ya ahí, se confunde entre la gente que deambula por el “Mall”. Sentimientos encontrados la invaden cuando observa a las parejas batallando por mantener quietos a sus hijos, y la duda vuelve a inquietarla y martillea su cerebro hasta hacerlo sangrar aflorando el pasado.

—Entiende. ¡No puedo! ¡No estoy preparada para ser madre!

—¿Tú crees que es fácil para mí? Estoy con lo de mi maestría, pero si ya estás embarazada...

—¡Por favor! No me digas que ibas a agregar: nos casamos y vivimos felices.

—Sin sarcasmo. ¿Qué? No estaba en tus planes que nos casáramos.

—Pueees sí, pero no en este momento que acaban de ascenderme. Un embarazo terminaría con mi carrera.

—May I help you?

La voz de la dependienta la sobresalta y apresurada contesta.

—Thanks, just looking.

La realidad la aplasta, ve gente con prisa, otros tomados de la mano, una señora en estado avanzado de gestación que empuja una carreola winter texans, que gastan su tiempo paseando despreocupados y desea pertenecer y confundirse en las rutinas de esas vidas tan ajenas y tan cerca que percibe sus olores. Se aleja de la tienda rumbo al food court. Escoge un restaurante de ensaladas. Al entrar su ego se resarce al percatarse de las miradas insistentes de los varones. Ordena una ensalada verde con almendras y semillas de girasol y un vaso de agua.

A las nueve de la noche llega a su casa, se mide el vestido que compró. Se desmaquilla y se prepara para dormir. Así, hasta hoy que es lunes, día festivo y le faltaron actividades o amistades con quien llenarlo. No desea pensar en, ¿cómo hubiera sido su vida si no hubiera interrumpido su embarazo? Se queda tarde en cama. Desayuna. Hace ejercicio. Otra vez a la cama. Enciende el televisor.

Revisa la programación. Apaga el televisor. Abre el libro, pero Truman Capote no logra meterla en la trama. Vuelve al televisor. Las tres de la tarde apenas. Toma el teléfono, juguetea con una idea. Se decide, marca y escucha la voz de Álvaro quién pregunta:

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Álvaro, soy yo... Andrea.

—¡Qué gusto licenciado! ¿Qué se le ofrece?

Ella no contesta, escucha risas de niño y la voz de una mujer que pregunta:

—¿Es Julio? Dile que ya casi salimos. Que nos vemos en la piñata.

—Nada Álvaro, no se me ofrece nada. Disculpa. Estoy poniendo al día mi agenda telefónica. Hasta luego. Que estés bien.

Colgó y regresó al libro, a la cocina, al televisor, al libro, al televisor hasta que entró a facebook donde su fotografía con una sonrisa radiante le da la bienvenida.

¡Esta soy yo!, además, a mí nunca me gustaron las piñatas.

## Casa de modas

A los nueve años, Luis era un niño muy tranquilo para su edad. Aunque algunas veces se deja llevar por la imaginación, la realidad lo ata y acompasa sus fantasías con el incesante pedalear de la vieja Singer, herencia de la abuela, en la que su madre se afana por terminar los vestidos de las damas de las graduaciones, quinceañeras o bodas. Luis la observa deseando crecer para ayudarla y mitigar las sombras de cansancio que rodean sus ojos.

Jacinta, viuda a los veinticinco, se dedicó a crecer a su hijo, único recuerdo de su amor primero, quien debido a un fatídico accidente con un montacargas la convirtió en viuda temprano y de forma repentina. En la actualidad todavía no asimila la partida. Muchas mañanas se levanta con la sensación de que en cualquier momento lo verá aparecer, metido en su overol y con esa sonrisa prometedora con que la enamoró a sus quince. Otras, despierta con la certeza de esa inquebrantable ausencia y pedalea con ra-

bia y lo acusa por el abandono. Por fortuna para Luis, su mamá no lo olvida y a pesar de tormentas y soles, le comparte todo y refresca su memoria platicándole anécdotas de su padre manteniendo así vivo el recuerdo.

Con el tiempo y por las necesidades, el cuarto de costura se fue agrandando hasta convertirse en una reconocida casa de modas, en donde diez costureras detallan los modelos diseñados por Jacinta.

Ella y Luis se deslizan por la vida de una manera suave pero con pasos firmes, de tarde en tarde mientras toman un respiro de sus múltiples actividades, platican, recuperando pedacitos de recuerdos, alumbrados por la antigua “Singer”, que convertida en lámpara, adorna una esquina de la sala. Hoy no es un día como cualquier otro porque esa noche, están planeando la pedida de mano de la novia de su Luis, quien a sus treinta años se le casa.

—¡Dios mío, Luis! Pensé que no te vería casado.

—¿Por qué? Ya no me querías aquí. ¿O qué?

—Ni de chiste lo digas, cariño. Sabes que eres mi todo.

—Por eso mamá. Me duele dejarte sola. Tú estás joven podías y todavía puedes encontrar pareja.

—Y darte un padrastro cuando estabas pequeño.  
¡Imagínate!

—¡No!, darte tú otra oportunidad de ser feliz.

—Cariño pero si soy feliz y más ahora que tengo la ilusión de conocer nietos.

—No tan de prisa señora mía. Ya veremos.

—Pero...

—Ya veremos, madre.

Esa noche Jacinta casi no pudo dormir. Un ligero malestar en el pecho, que ella achaca a haber comido pan dulce la hizo levantarse varias veces a caminar, mientras mastica sus pastillas anti acidez. Recordó a su marido y los preparativos para su boda. Su mamá y su futura suegra contribuyeron y fueron parte importante del festejo. En cambio hoy, ella sólo es requerida para firmar los cheques. Hasta el vestido de novia fue encargado a la medida en una exclusiva boutique del “otro lado”, menospreciando los diseños de Jacinta que eran muy afamados en toda la frontera chica y en parte del Valle de Texas y aunque ella quería convencerse que “eran otros tiempos”, la pena se le atoraba en la garganta y no aclaraba sus pendientes con Luis, aunque le doliera ver cómo el amor lo había hecho cambiar al grado de hacerla firmar por un crédito hipotecario sobre la casa.

—Finalmente todo será mío mamita.

—Claro hijo, pero, ¿no crees que están exagerando con los gastos?

—Tú porque te quedaste en el pasado mamá. No es lo mismo celebrar una boda en el patio que en el Salón Internacional, uno de los más exclusivos de la ciudad.

—Ya sé hijo, pero mejor hubieran invertido adelantando pagos de la casa.

—¿A poco cuando tú te casaste ya tenías todo?

—Tú lo dijiste, eran otros tiempos, cama, estufa y ropero y ya estaba armado el hogar.

Le dolía. Sí, le dolía el desapego de su Luis y no por el amor y la vida invertida en él. Era sentir que con la proximidad de la boda y ella endeudada, lo perdería y aunque se repetía que ella no lo había criado así, la certeza del próximo abandono poco a poco le invadía el cuerpo y le atosigaba el pecho, pero ella se convencía de que este dolor era acidez estomacal y se atiborraba masticando pastillas contra las agruras.

El día de la boda al entrar en la iglesia, sus piernas flaquearon pero se sobrepuso al contemplar el rostro del hombre enamorado en que se había convertido su pequeño. Durante toda la ceremonia se mantuvo serena. Bebió las palabras del clérigo que como agua fresca inundaron su ánimo, lavaron sus dudas y una sonrisa esplendente la acompañó hasta la entrada del elegante salón de fiestas que lucía como vivero en primavera. Se culpó por no haberse cuidado en el desayuno, pero el pan dulce y el café le hicieron ojitos y éstas eran las consecuencias. Se dirigió al baño. La faja para acentuar sus formas, le molestó al grado de querer quitársela.

—No sé por qué le hice caso a mi nuera. Ya no estoy para estos trotes. Me siento muy apretada y para colmo

no traje mis pastillas. Igual y voy por una agua mineral y repitiendo se me quita el sofoco.

—Se solicita a la madre del novio.

—Señora Jacinta se le solicita en la pista.

Hasta sus oídos llegaron los acordes del Vals Danubio Azul. ¡La habían complacido! Fue el que bailó el día de su boda con su difunto. Salió del baño. Se sentía tan llena de amor que amenazaba rasgar su pecho y brotar a borbotones. La emoción humedece su rostro conforme avanza hacia la pareja que gira suavemente. Las capas de gasa francesa y tul se mecen como las olas del mar. Sí, aquel que conoció en su luna de miel. Se acerca al mismo tiempo que el padre de la novia. Las parejas se intercambian. Jacinta titubea. No puede creer lo que ve.

—¿Qué pasa mamá? Estás pálida. ¿Te sientes bien?

Jacinta no lo escucha. Se deja llevar por la emoción de reencontrarse con su esposo. Allá a lo lejos antes de cerrar los ojos escucha la voz de su hijo.

—¡Un médico! ¡Por favor! ¡Llamen una ambulancia!



## Nada es perfecto

Verónica e Indalecio eran la pareja más tierna y enamorada que hubiera pisado la oficina del Internacional. Él de mediana estatura, aperlado, con unas grandes entradas y un carisma que derretiría a cualquier fémina. Verónica, moderna, exuberante para su edad, guapa y elegante. La pareja bien podría estar en una portada de revista. Sin embargo una tristeza se colgaba de las pestañas de Verónica y aunque los abrazos y las bromas de Indalecio parecían acomodarle el alma, me intrigaba.

Viernes a viernes los vi aparecer llevando el adelanto para la boda. No es que sea metiche, pero de tanto verlos, aunque no se quiera, se involucra una con los clientes. ¿Qué le puede estar aquejando a la joven? Enamorados están, el banquete será de lo mejor que se sirve, buenos vinos y buena música. Por como visten se ve que no les va nada mal. Hay gente a la que la vida les da a manos llenas y con la misma injusticia a otros les niega todo. Verónica

e Indalecio pertenecen a los primeros, de allí que me preguntara, ¿por qué la pena de la muchacha?

Ese viernes amaneció con niebla, premonición de un día soleado. Se acercaba Semana Santa y ya a media mañana unos aires despeinadores azotaban la ciudad. Tenía programadas seis recepciones de viernes a domingo. Por fortuna contaba con un buen equipo y aunque todo marchara sobre ruedas, no dejaba de preocuparle cubrir hasta el más mínimo detalle, no en balde el Internacional, era reconocido como el mejor salón de la ciudad. Temprano hizo las fichas de depósito y los cheques para pagar la nómina de todos los trabajadores. Entregó todo a su secretaria con las recomendaciones de siempre. Le daba cuidado exponerla, con tanto robo y la violencia que se había enseñoreado en la ciudad, pero la vida y las transacciones de negocios tenían que seguir.

A media tarde le anunciaron que Minerva Limas, le buscaba. La hizo pasar. Una jovencita menuda y con un pelo cortísimo que la hacía parecer un adolescente, sonrió, como si la conociera.

—A sus órdenes —la saludó.

—Buenas tardes, soy la prometida de Indalecio Sanz.

Al escucharla, Soledad sonrió. No sabía que decir. Se sentía una alcahueta involuntaria. Sólo la miró. Una sonrisa franca y confiada iluminaba el rostro de la chica, mientras hurgaba dentro de su bolso.

—Aquí traigo el último recibo. Entiendo que sólo con el nombre no lo ubique.

Soledad leyó el recibo y al fin pudo contestar:

—Claro, el señor Indalecio Sanz. Gusto en conocerla señorita Limas.

—El gusto es mío. Gracias por ayudarnos. Ya le debe haber contado Indalecio que yo vivo hasta Río Bravo.

—Claro que me dijo —mintió y agregó para no enredarse más en la conversación:

—¿En qué puedo servirle?

—Quiero que me muestre el menú, los arreglos y todo lo que le ha sugerido a mi novio. No se incomode, confié en su buen gusto, pero me gustaría ver todo para tener una idea —mientras hablaba sacó la cartera y le entregó otro anticipo.

Soledad le extendió el recibo y le pasó el expediente con todos los detalles que amorosamente había decidido Verónica. No pudo dejar de comparar los dedos de uñas cortadas al ras, con los dedos manicurados y las uñas adornadas con cristal swaroski de Verónica. Miró a la joven de pelo corto y mirada luminosa sonreír, mientras iba leyendo cada uno de los detalles de lo que sería su recepción de bodas.

Al terminar, se despidió con la misma sonrisa confiada y agregó:

—La próxima semana vendrá Indalecio. Yo no puedo acompañarlo porque mi madre está en cama y salgo corriendo a atenderla.

—No se preocupe. Estamos para servirles. Me saluda a su prometido.

—Desde luego que sí. Hoy no vino porque anda en Indiana. Lo enviaron a él y a Verónica, la chica de compras a checar un material nuevo.

Indalecio y Minerva se casaron. Verónica llegó a la boda acompañada de su novio se le veía triste o yo así la imaginaba. En cambio, Minerva radiante sonreía como quien abre la puerta de la buena ventura.

## Estrella

La tarde en que la conocí, empezaba a colarse el invierno. Estrella entró en la oficina despojándose de su chamarra. Me sorprendió la piel blanca y la elocuencia de sus manos largas que terminaban en unos dedos con un manicure impecable. Planeaba casarse lo más pronto posible y antes de dar fechas pidió la agenda.

—Para no estar adivinando. Me molestaría mucho que yo escoja y esté ocupado el salón.

—Tiene razón señorita Flores. Dígame usted y ya le iré diciendo si está disponible.

—Dentro de un mes y medio.

—¿Viernes o sábado?

—Viernes. Prefiero que sea viernes por la tarde.

—Me temo que le vamos a quedar mal. En viernes sólo tenemos hasta dentro de dos meses.

—Está bien. Sirve que ya no esta tan frío, febrero es un buen mes para una boda.

Empecé a elaborar el contrato por el salón. El menú y todo lo demás lo escogería junto con el novio. Estaba terminando cuando Elisa, una tierna jovencita, con Síndrome de Down, irrumpió en la oficina. Se sentó pesadamente sobre la silla y bruscamente dejó caer el bolso sobre la taza de café derramándolo. Me levanté para buscar unos pañuelos desechables. Me detuve al escuchar los gritos de Estrella.

—¡Eres una estúpida! No sé en qué estaba pensando tu hermano al pedirme que te trajera conmigo. ¡Estoy harta! ¡Estoy harta de ti!

—Cálmese señorita. No pasa nada. Enseguida limpio. Son como niños —Elisa me miraba espantada y no atinaba a moverse a pesar de que Estrella le gritaba que se pusiera de pie. Estrella, sobreponiéndose me pidió el teléfono.

—Claro, adelante —le acerqué el aparato. Marcó. Entre sollozos comenzó a hablar, supuse yo que con su novio.

—No mi amor. Le tengo paciencia pero no sabes las vergüenzas que me hace pasar. Mira ahora mismo derramó todo el café sobre el escritorio. ¿Cómo que en dónde estoy? Claro te dije que venía al salón a apartar la fecha. No, no digas eso. Ya sé que tengo que soportarla pero es como un animalito. No sé por qué dices que tu madre la educó bien. Mira, pregúntale a la señora Soledad. Te la paso.

—Sí. Dígame. No, todo está bien. Un poco de café nada más, le paso a la señorita. Muy bien hasta luego

—cuando colgué Estrella me miró disimulando su ira. Con voz airada agregó:

—Debió haberle dicho que “entes” así no deben andar sueltos.

—Fue un accidente señorita —salió sin despedirse, arrastrando a la joven y sin firmar el contrato. El trabajo me impidió volver a recordar el incidente.

Dos semanas después, Estrella regresó acompañada de su novio. Un apuesto ingeniero, accionista de una conocida constructora de la localidad. Fijaron la fecha de la boda para marzo. El menú, la mantelería y hasta el mínimo detalle fue elegido por la novia. El joven ingeniero se concretaba a firmar cheques. Cuando abandonaron la oficina, se acercó mi secretaria, quien al parecer conocía muy bien a Estrella y su familia.

—Que le cuento, que esta mujercita se salió con la suya. Logró que su novio se deshiciera de su hermana.

—¿De quién me hablas?

—De Elisa.

—¿Qué Elisa?

Para ese tiempo yo, ya había olvidado el incidente del café.

—Elisa, la muchachita con síndrome de Down.

—¡Ah ya!, ¿qué pasa con ella?

—Pues fíjese que la mamá del ingeniero sólo tuvo dos hijos. Elisa y el ingeniero. Así que se desvivió educando a la muchachita para que no fuera una carga para nadie

y como por dinero ellos no paran. La tuvo en los mejores colegios especializados. Dicen que la muchacha borda y teje como los ángeles y cocina mejor, pero la Estrella no la quiere. Si por ella fuera la hubiera desaparecido. Pobre muchacha, al morir su mamá quedó desamparada, y de leyes, ni siquiera sabe que existen, ¿cómo pelea la parte de su herencia?

—Y tú, ¿cómo sabes todo eso?

—Mi hermana conoce a la Estrella desde la secundaria y sabe cómo se las gasta. Además, como dice mi mamá: “A grandes males, grandes remedios”. Y eso hizo la Estrella. Enamoró al ingeniero hasta que éste no le pudo negar nada y una de las cosas que le pidió fue que llevaran a Elisa con las madrecitas del Hospicio. Al fin que ellas sí saben lidiar con todo tipo de gente, además así todos contentos y Elisa estaría más cerca de Dios.

La marcha nupcial sonó anunciando la llegada de los recién casados. La novia lucía bellísima. Una sonrisa triunfal iluminaba su rostro. Cuando me descubrió hizo un mohín de niña traviesa y arrugó la naricilla. Su mirada me heló más que el húmedo invierno que se negaba a abandonar las calles desiertas. Me estremecí. Hasta allí llegaría su maldad o, ¿apenas comenzaba?

## Viernes de serenata

El ventanal de la oficina del Salón Internacional, da a la Plaza Principal. Los gruesos cristales impiden que las notas de la banda municipal se cuelen. Soledad observa a los músicos tocar, como en una escena de película muda, pero a color, a pesar de que el invierno se esfuerza por despintar la tarde. A lo lejos distingue al grupo de preparatorianos, se entristece, sabe de memoria lo que sigue. Es la misma película cada viernes. Las protagonistas cambian. Soledad conoce la historia y aunque no escucha los diálogos, los inventa. El final siempre es el mismo, con algunas variaciones. Aún así insiste en participar en la historia como espectadora.

Gloria, alta, rubia, pisando los cuarenta, se mueve inquieta en la banca. Voltea insistente hacia ambos lados, juguetea con una rosa y checa su celular.

—¿Ningún mensaje?

La voz de la mujer que se le acerca, la hace voltear.

—¿Decía?

—Nada importante, ¿me puedo sentar?

—¡Claro!

Gloria la estudia de una ojeada; alta, madura, aún guapa, pero con una tristeza que se acentúa en la comisura de sus labios y agrega:

—La omega de la depresión.

—¿Cómo dijo?

—Pensaba en voz alta —responde Gloria—. Está fresco. Parece que vamos a tener un invierno muy frío.

—¡Si! Empieza a antojarse el cafecito.

—¿Esperas a alguien?

—¡No! ¿Y tú?

—Tampoco. No tenía qué hacer y salí a dar una vuelta. Me llamo Luisa.

—¡Mucho gusto!, yo soy Gloria.

Los silencios, las miradas al celular, los sobresaltos con cada coche que da la vuelta y los minutos compartidos en la espera, las une.

—Gloria, ¿qué te parece si vamos al café?

—¡Con gusto!

Las dos mujeres se ponen de pie. Discretas abandonan las rosas sobre la banca y se encaminan a la cafetería situada abajo del Salón Internacional.

Los estudiantes se alejan riendo y planeando su apuesta del próximo viernes.

## Amigas por siempre

Desde su reencuentro, una vez al mes, el grupo de amigas desayuna y juega a la lotería en uno de los saloncitos del Internacional. A las dos de la tarde salen, dejan de ser adolescentes y retoman sus papeles de abuelas, esposas y madres. De tanto verlas nos saludamos con afecto. La primera en llegar, se queda a esperar en mi oficina. Así fui conociendo la historia de algunas de las integrantes del club.

Ese viernes, la Nena, como cariñosamente le llaman, llegó triste y me cuenta que murió Lita.

—¡Claro que la recuerdo! Siempre elegante y sin un cabello fuera de lugar. Muy propia ella.

—Lita, siempre soñó despierta, desde que estábamos en el colegio. Fue muy fantasiosa. Como que el mentir se le convirtió en vicio. Hasta ella misma se creía sus historias. Un viaje a México, era un viaje a Europa. Paseaba por los Champs Élysées, en lugar del Paseo de la

Reforma. Navegaba en los canales de Venecia y no en una trajinera en Xochimilco. Al principio todas le creíamos. Yo la conocí en la primaria, decía que sus bisabuelos eran parientes cercanos de Porfirio Díaz y poseían una gran hacienda cerca de Cuernavaca. Conforme fue creciendo, su imaginación se fue desbordando. Más de una vez me preocupé por ella, pero cuando la veía aparecer, bien maquillada, perfumada, vestida y calzada a la última moda, dudaba. ¿Qué tal y todo lo que decía fuera cierto? Usted la conoció y sabe que no miento cuando digo que Lita, era poseedora de una presencia vibrante y le llenaba el ojo a cualquiera y aunque ya no era una jovencita los caballeros volteaban a verla. Siempre tan vital. Jamás comentó y menos notamos que estuviera enferma. Figúrese mi sorpresa cuando recibí la llamada comunicándome su muerte.

—Me imagino, esas noticias siempre duelen.

Pues bueno, lo más rápido que pude me arreglé y salí a buscar el domicilio. Ni le hablé a ninguna de las compañeras. La casa estaba situada en la colonia de los Leones, un barrio muy exclusivo. Al ver esto, me arrepentí por haber puesto en tela de juicio todas sus palabras y lloré. Me hizo pasar una mujer vestida de negro, con una cofia y un mandil blanco, el ama de llaves, de la que tanto hablaba Lita, pensé. Me condujo hasta un amplio recibidor inundado con el aroma fresco y dulce de unas azucenas que agonizaban en un jarrón de cristal cortado. La muerte de Lita me había golpeado por sorpresa y duro, así que a todo

le encontraba una conexión con la muerte. Momentos después llegó una señora. Detrás de ella la sirvienta que me abrió la puerta cargando una caja de cartón. Me presentó:

—Soy Inés Tolentino, amiga de Lita.

—Marcela Almaraz, que bueno que vino.

—No podía negarme. Con la sorpresa ni les avisé a las compañeras. ¿Cuándo pasó?

—Hace quince días.

—¡Pero... cómo! —dije sorprendida y ella me explicó que no sabían a quién avisar, que Lita cuidaba a su abuela. La mamá de Lita también trabajó con ellos. Desconocían que padeciera del corazón. Limpiando su cuarto encontraron la agenda, me localizaron para entregarme una caja con las pertenencias de Lita. No dije nada, asentí, tomé la caja, salí y me puse de acuerdo con las compañeras para ofrecer una misa por el descanso de Lita. Al salir de la iglesia comenté:

—Ni se imaginan el caserón en donde vivía Lita. Su familia bien elegante. Lástima que no pudieron localizarnos para que los acompañáramos durante el velorio —cuando vi la sorpresa en el rostro de las muchachas, sentí la adrenalina correr por mi cuerpo y, ¿si se daban cuenta de mi mentira? No me importó y seguí echándole más de mi cosecha. Pobre Lita, finalmente la comprendí. ¿Usted, alguna vez ha mentido?



## Domingo

Deja que te cuente cómo era antes mi vida. Ya sé, que el pasado no importa y no, tampoco tengo algo turbio que esconder, es para que me conozcas más. Nuestra amistad es reciente, es mejor que me vayas descubriendo. Tengo ganas de platicar. Fíjate, antes de hoy, amaba los domingos, era el día de salir temprano a formarte en la línea para comprar “la barbacha”. Dominguito familiar, anunciábamos en Facebook. La familia y amigos reunidos, los nietos recordándonos la promesa de ir al parque, “cuando se meta el sol”, les decíamos, porque, como bien sabes, aquí en el norte los calores son infernales, y ya estando allí comprar un barquillo de nieve o un elote mientras vemos pasar el trenecito y contestamos los adioses de los pequeños pasajeros. Tú eres muy joven no te tocó. Todo era color y bullicio, el dinero circulaba, la vida intensa, restaurantes y comercios llenos, el artesano ofrecía sus pulseritas o carteras de material reciclado y uno que otro globero aferrado

al pasado y que no logra comprender como a un bebé, a su tierna edad, le llame más la atención el celular de su madre que un globo que puede flotar tan alto hasta perderse en las nubes. Los domingos marcaban el reencuentro con los que amamos, la visita de los hijos, la reunión con los compadres o con los amigos. El pretexto era el día, ese día que se desliza tranquilo, diferente al sábado, en el que todavía hay obligaciones, como ir al supermercado, limpiar la casa o lavar la ropa. Hoy, el encierro pesa, extraño los abrazos, percibo la angustia de la ropa, colgada en el closet, sin poder salir y me entretengo conversando contigo, aunque no me pongas atención u observando a Rocky que se ha quedado callado y en vano espera en la ventana para ladrarle a quien pase. No me mires así. Permíteme desahogarme. No sabes cómo añoro las caminatas por la plaza que se han reducido a deambular de la cocina a la sala, de la cama a asaltar el refrigerador en la madrugada y seguir leyendo, total me puedo dormir hasta tarde. Llevamos más de diez años secuestrados por la inseguridad, aunque suene irracional, ya es parte de nuestra vida escuchar volar los helicópteros haciendo vibrar las ventanas o despertar por el estallido de una granada, por el ulular de una sirena o las ráfagas de las metralletas. Con eso podemos lidiar aunque el sólo imaginarnos en medio de un fuego cruzado nos paraliza de miedo. ¿Te acuerdas cuando nos tocó la balacera muy cerca? Teníamos poco de haber coincidido. Sin quien nos defendiera, aprendimos a cuidarnos unos

a otros, avisándonos por teléfono, consultando las páginas creadas para informarnos de las SDR (situaciones de riesgo), de los bloqueos y de los ponchallantas. Nuevos adjetivos nacieron incubados en la inseguridad, como: marucheros, halcones, estacas, el punto. Ya sé que soy muy repetitiva, déjame terminar. Tú te escabulles por las noches, te expones y me pones a mí en peligro. ¡No me peles los ojos! Ante este enemigo mortal he aprendido a escuchar el quejido de las ollas cuando sienten lo caliente, sus gritos cuando se caen. ¿Crees que no iba a escuchar tus pasos en las madrugadas? Me han platicado las plantas que también tienen temor, por si las dudas yo he pensado en tapiar las ventanas por si él quiere llegar disfrazado de polvo o viento. ¿Por qué bostezas? ¿Qué? ¿Ya te aburrí? ¡Eres un ingrato! Igual a todos los de tu clase. Sólo me usas. No te interesan mis sentimientos, ¿no ves cómo sufro por la apatía del refrigerador o el silencio de los muebles o las horas monótonas de todos los días? ¡Estoy harta de esta cuarentena!

Él no contesta, camina hacia la sala, se acuesta displicente y desde allí le regala una mirada antes de bostezar y extenderse despreocupado en el sofá.



## Persiguiendo un sueño

Siempre en esta fecha regreso a ti. Te veo con tu aparente calma, ocultando muy bien los torbellinos que giran buscando... buscando. Te he culpado de nuestra desgracia, de haber crecido sin padre, de haberme dejado ese agrí dulce y último recuerdo de él. Comprendo la intensidad con la que me amó y la valentía con la que luchó, más que por salvar su vida, por la mía y entonces te vuelvo a odiar y mis lágrimas se confunden en mi boca con el sabor de tus aguas en esa oscura y larga noche que cambió nuestro destino. ¿Quién es más culpable, tú o los que persiguen un sueño?

—Gaeeeeel Gaeeeeel —murmura Río Grande— yo sólo estoy, es mi naturaleza. Mis aguas fluyen libres. ¿Qué puedo hacer para detenerlas? Me han llamado de todo, pero te aseguro, Gael querido, que no soy traicionero, menos aún asesino. Simplemente soy un río y hago lo que todo río digno de llamarse río hace. Más uno como yo que soy muy caudaloso y el más grande de Latinoamérica.

—Eso no te da derecho a...

—¿A qué?, Gael.

Gael guarda silencio y se pierde entre las ondulaciones plateadas de las aguas que han robado el brillo de la enorme luna que ilumina la noche y lo regresa a aquella otra, tan oscura. Vuelve a sentirse pequeño entre las airadas conversaciones de Juanita, su abuelita paterna y sus padres. Era ese tiempo en que los adultos hablaban, sin tomar en cuenta su presencia. Lo que lo convierte en un fantasma que almacena todas las conversaciones, hasta que puede comprenderlas. Su abuela, llora y suplica:

—¡No se vayan! ¿Para qué se arriesgan? La vida allá es muy dura.

—Mamá, todo va a salir bien, ya verás.

—Déjame al niño, es muy pequeño. Quien sabe cuántas penurias van a pasar.

—¡No, suegra! A mi Gael, no lo dejo.

—Así es madre, comprenda. Todo lo hacemos por él. Más que un sueño, son los anhelos de poder darle una mejor vida al niño.

Así, que todo lo hicieron por mí. Cuando por fin comprendí esas palabras, me sentí tan culpable.

—¿Ves lo que te digo Gael? —añade Río— Ni tú, ni yo somos culpables.

Las aguas de Río Grande aminoraron el flujo de su corriente y comenzaron a mecerse suavemente siguiendo el compás que le dictaba la suave brisa de mayo.

—Esa noche estaba muy oscura. Los nubarrones negros presagiaban tormenta. Aún así mis padres estaban decididos. Para ellos la negrura de la noche era conveniente, así sería más fácil confundirse con las sombras. Llegamos a tu orilla, cargando lo más indispensable en dos bolsitas de plástico. Antes, mis padres recuperaron una vieja cámara de llanta que habían mantenido escondida entre los altos arbustos, esperando la ocasión perfecta para cruzarte. Se despojaron de su vestimenta y zapatos, quedando sólo en ropa interior, y a tientas, con respeto se sumergieron en tus heladas aguas, santiguándose. Yo me estremecí. Mi padre me abrazó muy fuerte para darme confianza. Cada vez nos hundíamos más hasta quedar flotando ayudados por la “cámara”. Al principio todo iba bien. De pronto te escuché, rugías enojado por nuestra intromisión y arremetiste contra nosotros. El terror me invadió, te imaginé como un monstruo, en cuyas fauces flotábamos. La fuerte corriente me arrancó de los hombros de mi padre y éste se soltó de la cámara tratando de salvarme. Mi madre gritó al vernos hundir entre tus aguas y entonces, tú Río me salvaste. No sé cómo, pero mi madre logró asirme y continuamos flotando, ya sin mi padre. Tú fluías victorioso.

Después de esa noche, los días, los meses y los años se deslizaron rápido y aunque aquella fue una noche muy terrible y dolorosa también fue buena con nosotros, llegamos a la casa de Mrs. Mabel, quien nos dio cobijo a mí y trabajo a mi madre. Empecé a ir a la escuela aunque ahora

las letras habían cambiado de nombre y la “A” era “Ei”, la “B” era “Bi” y las aprendí cantando:

—Ei, bi, ci, di, i, ef, lli,eich, ai, kei, el, em, en, ou, pi, qui, ar, es, t, iu, vi, dobliu, excs, way and zi... Y así hasta que pude dominar el idioma. Gracias a la ayuda de Mrs. Mabel y al esfuerzo de mi madre logré llegar a la universidad, y me convertí en maestro, y hoy, Río Grande, estoy enseñando el “ei, bi, ci” a otros niños que también han cruzado por tus aguas sin pedirte permiso. Yo ya te he perdonado y me he perdonado, sigo extrañando a mi padre al igual que lo hace mi abuelita Juanita, pero sin embargo veo sus ojos llenos de orgullo al ver realizados los sueños de su hijo en mí. Además, me da tranquilidad devolverle a este país un poco de lo mucho que me ha dado. ¡Gracias, Río! Te perdono y agradezco mi vida.

Río lo vio alejarse y sus aguas tranquilas recobraron su bravura y rugió ante el adiós definitivo de Gael. Supo que jamás lo volvería a ver, al fin, el niño lo había perdonado.

## **La ilusa**

Había una vez una niña que soñaba con el amor. Creció, se enamoró y hoy sueña con poder dormir.

## **El incrédulo**

No creyó cuando le dijeron que ese libro era un pasaporte a la imaginación, pero al leer...

## **Canibalismo**

Se le antojó y lo mordió hasta masticar su alma. Después le comió el cuerpo a besos y con avidez bebió su sangre y no paró hasta eructar satisfecha.

## **Sacrificio**

¡Ella me dijo que me pertenecía! —clamaba— mientras lo esposaban. Sobre el buró... el corazón de su amada.

## **Cenicienta frustrada**

¡Del nueve! —exclamó asombrada al escuchar la talla de su zapato. Entonces se odió por haber perdido tanto tiempo esperando a su príncipe azul.

## **Inmadurez**

Se dejó llevar por las apariencias, éstas cargaron también con su felicidad.

## **Dignidad**

No hay agonía más lenta y digna que la de las flores dentro de un florero. Ellas continúan abriéndose a la vida aunque sean sus últimos minutos.

## Cangrejo

Pensó que por su esfuerzo llevaba ventaja. No se percató que sólo iba zigzagueando.

## Hacha

Enloquecida porque el tronco de su cuerpo no retoñaba,  
le saco filo a su cabeza y arremetió contra los árboles hasta  
convertir el bosquecillo en llano.

## **Amor**

Entre tus dudas y mi creencia, que el silencio otorga... lo perdimos.

## **Depresión**

Nunca aprendió a flotar. Se sumergió hasta ahogarse en sus penas.

## Suicidio

¡Sácame de tu cabeza! —le pidió. Él se ahorcó para obedecerla.

## **Amor fugaz**

Después de una noche de confidencias, el alba los sorprendió sin tener más nada que decirse y se despidieron.

## Trueque

Intercambiaron miradas. Acordaron el precio. Al terminar él se fue, ella se quedó dormida.

## Chasco

¡Olvidame! —me dijo. Al abrir la puerta me percaté que nunca estuvo adentro.

## **Desilusión**

*Amé tus silencios hasta que comprendí que no tenías nada que decirme.*

## **Conversión**

Eran todo pero “el adiós” los convirtió en nada.

## **Incompatibilidad**

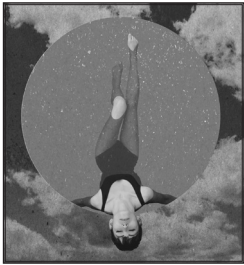
Nos separamos porque él se sentía un sol y como tal no supo disfrutar de un día de lluvia como yo, que hasta bailó bajo ella.

# Índice

#EscrituraFemenina: Una flor abriéndose a la vida. <i>Prólogo</i> .....	15
Perspectivas .....	21
Relajación .....	23
El regreso .....	29
Encuentro .....	31
Bendición .....	35
¡Lotería! .....	37
Segundo aire .....	43
La niña .....	47
Ruidos ambientales .....	53
El otoño de Lucía .....	57
Amor a primera vista .....	65
Confusión .....	67
Desconcierto .....	69
La voz .....	71
Amor real .....	75
Día del Padre .....	77
Planchadora de recuerdos .....	81
Tenis .....	83
Hasta que la muerte nos separe .....	87
Sumisión .....	91
Confesión .....	93
Recepción nupcial .....	97

Fin de semana largo .....	103
Casa de modas .....	107
Nada es perfecto .....	113
Estrella .....	117
Viernes de serenata .....	121
Amigas por siempre .....	123
Domingo .....	127
Persiguiendo un sueño .....	131
La ilusa .....	135
El incrédulo .....	136
Canibalismo .....	137
Sacrificio .....	138
Cenicienta frustrada .....	139
Inmadurez .....	140
Dignidad .....	141
Cangrejo .....	142
Hacha .....	143
Amor .....	144
Depresión .....	145
Suicidio .....	146
Amor fugaz .....	147
Trueque .....	148
Chasco .....	149
Desilusión .....	150
Conversión .....	151
Incompatibilidad .....	152





*Segundo aire*  
Mercedes Varela García

Este libro se terminó de imprimir  
el 30 noviembre de 2020,  
se utilizó tipo de letra de la familia  
Adobe Caslon Pro en 12 y 14 puntos.  
Se imprimió en papel cultural.  
Su tiraje fue de 800 ejemplares.



Las mujeres, en el siglo XXI, estamos tomando la palabra, esa que siempre fue nuestra, la que muchas veces estuvimos gritando desde el umbral de nuestro cuerpo y el animal sin concha que nos custodiaba se negaba a oír. Mujeres como Diana, la heroína del “Segundo aire”, cuento epónimo de este libro que nos entrega Mercedes Varela con un humor sazonado por la observación de lo cotidiano. Mujeres que no somos vírgenes ni perfectas, más bien entradas en años, más bien estudiosas del *Kamasutra*, más bien dispuestas a abandonar el recuerdo del hombre que no nos complacía como se abandona felizmente un dolor de muela o la imagen de un macetero roto. La escritora tamaulipeca, con la sabiduría que da la lectura constante de la vida, nos ofrece esta colección de cuentos breves y nanoficciones a través de los cuales se narra a la mujer contemporánea, observadora de sí misma y de las otras, que se enfrenta al espejo y se reinventa.



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

**Tam**  
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA **Tam**

“Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020”.